

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA UNIDAD

IZAPALAPA

DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

NARRATIVAS URBANAS Y SENTIDO DEL LUGAR

Miguel Ángel Aguilar Díaz

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Raúl Nieto

Asesores: Dra. Angela Giglia Ciotta

Dra. Alicia Lindón Villoria

Diciembre, 2001

México, D.F.

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZAPALAPA

DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y

HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

NARRATIVAS URBANAS Y SENTIDO DEL LUGAR

Miguel Angel Aguilar Díaz

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Raúl Nieto Calleja

Asesores: Dra. Angela Giglia Ciotta

Dra: Alicia Lindón Villoria

México, D.F.

Diciembre, 2001



Índice

Presentación	
1. Cultura urbana: temáticas y discusiones.	2
1.1. Ciudad y vínculos sociales. Individuo y comunidad.	2
1.2. Más allá del individuo y la comunidad.	5
La escuela de Chicago 1915-1940.	
1.3. La comunidad y la ciudad.	10
1.4. Los temas de la antropología urbana.	13
1.5. Antropología y cultura urbana: una discusión.	17
2. Identidad y narrativa. De lo propio y lo contado en la ciudad	23
2.1. Las formas de la identidad.	24
2.2. Las escenas espaciales y territoriales de la identidad.	27
2.3. Narrativas	38
3. Propuesta de investigación y primeros desarrollos	44
3.1. El lugar abordado desde los puntos de referencia y los contactos cotidianos	45
3.2. Narrativas del llegar	59
Bibliografía	71

Presentación

El presente texto contiene tres partes que intentan dar cuenta de un proceso de investigación en curso sobre narrativas urbanas y sentido del lugar. Los dos primeros apartados buscan explicitar tradiciones y aportes teóricos sobre los temas de cultura urbana e identidad, al tiempo que permitirán formular el objeto de investigación desde las problemáticas que ahí se dibujan. Son capítulos en donde más que seguir una trama argumental definida de antemano, se exploran las diferentes variantes en que han sido abordados los temas que se tratan. En este sentido son capítulos escritos en la lógica de realizar un balance o estado del arte sobre lo producido en el campo. Con todo, el *leit motiv* es del lugar, sea concebido como localidad o espacio acotado, ya que el referente espacial es indisociable tanto de la antropología urbana como de las ciencias sociales que se ocupan de la dinámica social inscrita en el territorio.

El tercer capítulo muestra el proceso de construcción del objeto de estudio. Se plantean objetivos, se argumenta su pertinencia y se señala la elección de casos de estudio. Se presentan igualmente avances de la información y datos recabados en distintos momentos del trabajo de campo.

Capítulo 1. Cultura urbana: temáticas y discusiones.

El propósito del capítulo es el de formar un amplio marco de referencia sobre las principales dimensiones que ha tomado el estudio del vínculo entre ciudad y cultura. Será una reconstrucción del campo teórico que tendrá sesgos y preferencias pero, con todo, estará atenta a las principales marcas teóricas de la disciplina. No será sólo una mirada formada desde la antropología sino desde las ciencias sociales, mirada a la que se vuelve actualmente, en un momento en que los límites entre las disciplinas que se ocupan de procesos sociales que poseen una expresión espacial son frágiles.

Es también una reconstrucción formulada desde un “presente teórico”, en donde se han realizado ya balances, reconstrucciones críticas; algunos temas y conceptos se han dado por superados, y las ciencias sociales miran hacia nuevos horizontes temáticos. El conjunto de elementos vertidos podrá al final del capítulo permitirá precisar y deslindar la misma noción de cultura urbana.

1.1. Ciudad y vínculos sociales. Individuo y comunidad.

Es difícil establecer un punto de partida absoluto para comenzar la reconstrucción del campo de la cultura urbana, usualmente está presente la inquietud sobre qué tan lejos ir en el pasado y cuál es el mejor criterio de inclusión de autores y líneas de pensamiento, ya que ese criterio también establece lo que estará excluido. Sin embargo para este recuento me parece pertinente comenzar con la obra de del sociólogo alemán G. Simmel. Esta decisión obedece de manera predominante al énfasis del autor en la idea de modernidad y vida urbana y, por otro lado, a la amplia influencia que ha ejercido sobre desarrollos subsecuentes acerca de la naturaleza de los vínculos sociales que han tenido un fuerte impacto sobre la sociología y la antropología urbana.

Dentro de la obra de Simmel el texto “Las grandes ciudades y la vida del espíritu” (en Choay, 1979), publicado en 1903, ocupa un lugar preponderante para los analistas de lo urbano. Se plantean un conjunto de temas que se recuperaran con mayor o menos intensidad a lo largo del siglo XX. De la galería de tópicos que se presentan el texto es el de la vida urbana pensada como un conjunto particular de estímulos sensoriales el que ha sido

recuperado con intensidad por aquellos que han analizado este ensayo. La vida en las grandes ciudades al tiempo que requiere, en palabras de Simmel, una gran cantidad de conciencia para atender a la amplia gama de estímulos que se le presentan y de ahí que el individuo extravíe la capacidad para diferenciar las cosas, atender a cada objeto o situación en sus propios términos, el resultado: indiferencia y lejanía frente a los otros de manera a preservar la propia individualidad. Dado que la reserva es adaptada como forma de sociabilidad urbana el individuo no sabe demasiado de los otros, pero tampoco ellos de él. El efecto de esto es la emergencia de una libertad individual difícilmente equiparada en otros ámbitos sociales y que permite el desarrollo de una fuerte individualidad y una existencia personal plena. La emergencia de esta libertad se realiza en un contexto en donde la novedad de la vida en la metrópolis emerge de la oposición frente a otros espacios sociales, en particular el campo y las pequeñas ciudades.

En esta perspectiva es en la metrópolis, ahí en donde se podría anticipar su extravío, que el individuo se convierte en el centro del análisis simmeliano como instancia a partir de la cual es posible analizar las transformaciones sociales aparejadas a la vida urbana. Una primer gran postulado sobre esto propone a la ciudad como escenario donde se desarrolla la antinomia entre libertad e indiferencia o reserva. Considerar a la ciudad como espacio de libertad se debe a que es el resultado de un proceso histórico en donde factores tales como la división del trabajo, el proceso de industrialización y la organización social han conducido a romper las ataduras con vínculos sociales que definían de manera rígida el papel de la persona en la comunidad. Por el contrario, la ciudad pequeña representa el dominio de lo limitado y repetido : “Mientras el círculo que forma nuestro medio se restringe, encuentran mayor limitación las relaciones exteriores que podrían romper sus límites, y con mayor celo el grupo al que pertenecemos vigila el trabajo, la vida y las opiniones del individuo, más grandes son los riesgos de que los particularismos cualitativos y cuantitativos rompan la unidad del conjunto”. (Simmel, G, en Choay, 1979, p. 416).

La idea de libertad en la ciudad aparece, como será una constante en el pensamiento sobre lo urbano durante el siglo XX, en oposición a la vida en el campo o bien en pequeñas ciudades. Esta oposición es, como bien lo señala Jean Remy (1993), el resultado de inscribir el crecimiento urbano en una secuencia cronológica en donde la gran ciudad es el sustituto moderno de la pequeña ciudad que caracteriza el pasado urbano. En este punto

resulta clara la relación entre forma espacial y vínculos sociales, en donde a la ciudad le corresponde la libertad y el anonimato, y a los poblados o pequeñas ciudades el apego al grupo con la consecuente vigilancia informal para cumplir las normatividades que garantizan su propia existencia.

Del mismo modo esta idea de libertad, para apreciarla cabalmente, es necesario ubicarla dentro de la discusión de finales del siglo XIX y comienzos del XX acerca de la naturaleza de los vínculos sociales, relacionados con formas de organización social. En este caso los puntos de referencia son, por un lado y de manera abierta, la distinción propuesta por Ferdinand Tönnies entre comunidad (*Gemeinschaft*) y sociedad (*Gesellschaft*), y por el otro la noción de comunidad formulada por Max Weber.

En la conocida dicotomía elaborada por Tönnies en su libro publicado en 1887 (1963) a la noción de comunidad se le asocian los conceptos de voluntad esencial y poblado pequeño y a los de sociedad los de voluntad racional y ámbito urbano (ver Lezama, 1993). En la mirada al mundo de lo rural (o tal vez, de lo no urbano) hay una evocación de lo social cerrado en sí mismo que es producido a partir de la continua apelación a la tradición, con la consecuencia de que el cambio es relativamente pequeño. Y esto es con toda probabilidad lo que apuntala mejor la idea de la sociedad ya que esta es el producto del cambio social; del paso de una organización feudal regida por principios de sumisión y continuidad a una de tipo capitalista, donde la racionalidad orientada a la ganancia a partir de establecer relaciones contractuales despersonalizadas y utilitarias es dominante.

Ya en 1921 en el ensayo de sociología histórica de Max Weber intitulado *La Ciudad* se reconoce en la naturaleza de los vínculos sociales uno de los criterios para diferenciar al campo de la ciudad. Afirma Weber (1987:p.3): “Desde un punto de vista sociológico la ciudad equivaldría a una gran concentración de casas colindantes, dispuestas en orden compacto, que forman una aglomeración dotada de una identidad tan amplia que en ella no se produce la agrupación ordinaria y específica de la vecindad caracterizada por un conocimiento personal y recíproco entre sus habitantes”. A partir de esta definición en el texto se procede a documentar los diferentes tipos de ciudad de acuerdo a actividades económicas. En todo el desarrollo de la exposición permanece constante la idea de que la ciudad es ante todo un lugar comercial, “toda ciudad tiene como centro económico del asentamiento un mercado” (p.5).

Del mismo modo en *Economía y Sociedad*, y en diálogo con Tönnies, se propone una definición de comunidad de alcance mayor en el sentido de proponerla como “una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social – en el caso particular, por término medio o en el tipo puro, se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de constituir un todo”. (1992, p.33.). Esta dimensión, en tanto que tipo ideal, se contrapone a la de sociedad definida desde su carácter de relación social primordialmente racional y orientada en función de valores y fines. Si bien en ambos casos se trata de tipos ideales se reconoce que no son excluyentes y puede existir derivación de uno al otro. En todo caso lo que permanece como rasgo distintivo entre uno y otro es la clara distinción entre el componente afectivo de la comunidad y el racional de la sociedad.

En esta breve referencia a Weber es posible encontrar puntos de contacto con los autores ya expuestos. Dos son los temas recurrentes que aparecen abordados en la reconstrucción que se hace. Por un lado, se señala a la ciudad como lugar en que se expresan con claridad el tipo de relaciones sociales instituidas en el capitalismo: utilitarismo, fugacidad, racionalidad de cálculo individual, uso mercantil del tiempo. Por el otro, se distingue en cierto modo a la ciudad por aquello que ya no está presente en ella: relaciones intensas cara a cara, relevancia de la tradición, valor del individuo y la libertad. Este conjunto de postulados es lo que constituye para algunos autores la visión cultural o culturalista de los primeros trabajos sobre la ciudad. Es posible apreciar igualmente que en estas aproximaciones existe una suerte de visión nostálgica sobre aquello que no es plenamente urbano, como si la ciudad en tanto que conjunto de relaciones sociales y económicas se fundara sobre la idea de la pérdida de algo valorado socialmente, y probablemente también utópico: una comunidad social plena y armoniosa. Este es tal vez uno de los primeros rasgos asociados con la modernidad, la ruptura profunda frente a modelos de vida social que garantizaban la pertenencia a un todo.

1.2. Más allá del individuo y la comunidad. La escuela de Chicago 1915-1940.

La imagen contemporánea que se tiene de los trabajos realizados en la escuela de remite a un conjunto de investigaciones pioneras tanto en sus elaboraciones conceptuales

como en la formación de métodos de observación e inserción social del investigador en entornos urbanos. Con todo, cabe señalar que su proyecto intelectual fue más ambicioso en la medida en que buscó fijar puntos de referencia teóricos para la sociología norteamericana. Esto puede atestiguararse en la elaboración del tratado-libro de texto *Introduction to the science of sociology*, publicado en 1921 (1972) bajo la coordinación de Robert Park y Ernest Burgess. Llama la atención que en las catorce secciones del extenso libro no hay un apartado dedicado a la ciudad como problema sociológico, lo cual puede entenderse por la pretensión de ubicar a la sociología como disciplina científica al abordar grandes temáticas referidas a la dinámica social (los primeros apartados de esta obra son sobre la naturaleza humana, sociedad y grupos, aislamiento, contactos sociales). Así, la reflexión que permite adscribir procesos sociales a conformaciones espaciales no está aún explícitamente elaborada, a pesar de que gran parte de las temáticas que serán recurrentes en los académicos de Chicago están presentes en esta obra: aislamiento, contactos sociales, interacción social, multitud.

Probablemente el primer aporte mayor de este grupo de investigación es el libro *La Ciudad* que aparece en 1925 que contiene capítulos elaborados por Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick McKenzie (1984). En el texto la primera definición que se hace de ciudad es la siguiente: “La ciudad es más bien un estado mental (state of mind), un cuerpo de costumbres y tradiciones, y la organización de actitudes y sentimientos inherentes a estas costumbres y transmitidas dentro de esta tradición. La ciudad no es, en otras palabras, simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial. Está vinculada a los procesos de las personas que la componen, es un producto de la naturaleza y particularmente de la naturaleza humana” (p.1). En esta definición se pueden encontrar los ecos del pensamiento de Simmel al enfatizar la idea de *estado mental* (equivalente a la *vida del espíritu*, en el ensayo ya referido), cabe apuntar que la relación no es gratuita en la medida en que Robert E. Park, fue alumno de este último.

En el primer capítulo del mismo texto (*The city: suggestions for the investigation of human behaviour in the urban environment*, elaborado por Robert E. Park) presenta un programa para el estudio de la vida urbana; ahí son conceptualizados como relevantes el lugar y la gente, la relación orgánica entre ellos y los aparatos administrativos, y los mecanismos “psicofísicos” a través de los cuales los intereses públicos y privados

encuentran maneras colectivas de expresarse. Este conjunto de postulados adquieren una mayor nitidez al desarrollarse los diferentes temas de la exposición. En relación al ámbito, aún nebuloso, de la cultura en la urbe permanece la visión de que es el lugar del rompimiento con vínculos tradiciones, lo cual da pie a analizar nuevas formas de relación social que tienden a ser impersonales y racionales. Este énfasis sobre lo cambiante y lo emergente hace que se piense a la ciudad como un gran laboratorio.

Con todo, es un laboratorio en el que ciertas fórmulas interpretativas se encuentran ya definidas. Una de ellas es la ciudad como ausencia del poder de congregación social de la comunidad. Esto puede observarse cuando se incluye en la lista de temas dignos de analizarse el del crimen. Al plantear el punto de los contactos primarios y secundarios en la ciudad se afirma: “Es probablemente el rompimiento de los apegos locales y el debilitamiento de las restricciones e inhibiciones del grupo primario, bajo la influencia del ambiente urbano, lo que es ampliamente responsable del incremento del vicio y el crimen en las grandes ciudades” (p.25). Es, pues, la situación históricamente novedosa de la vida en grandes ciudades y la divergencia frente a patrones de vida conocidos aquello que provoca la ruptura de un orden social.

El tema de los comportamientos divergentes es recurrente en esta mirada académica: lo desconocido mueve a ser definido y examinado. Es así como en la idea de “región moral” se busca englobar a todos aquellos que practican un código moral divergente, lo cual incluye tanto a artistas, apasionados del juego, criminales, en suma a los excéntricos que forman parte del entorno natural de la ciudad.

Esta visión de la ciudad como un espacio que se desarrolla de manera “natural” y al hacerlo provoca diferenciaciones tanto en sus áreas como en la distribución de personas y actividades es uno de los principios básicos de la “ecología humana”, definida por McKenzie como “el estudio de las relaciones espaciales y temporales de los seres humanos bajo la influencia de las fuerzas selectivas distributivas y apropiadas que actúan en el ambiente” (en Betin, 1982). El ejemplo más conocido de la aplicación de este enfoque se encuentra, no en el análisis a detalle de personajes y entornos urbanos atípicos, sino en el esquema de Burgess sobre el crecimiento concéntrico de las ciudades. En este esquema la ciudad se puede entender como un conjunto de áreas que, a partir del centro urbano, presentan una especialización: sea como espacios comerciales, de transición, de vivienda de

trabajadores o residencial. Su carácter ecológico deriva de surgimiento “natural” de estas áreas como consecuencia de procesos de diferenciación de trabajo y, correlativamente, de grupos sociales.

Alrededor de este conjunto de propuestas se elaboraron investigaciones sobre los trabajadores-vagos itinerantes (Hobbs en el estudio de Anderson), zonas urbanas en que se conjugan barrios residenciales y barrios de trabajadores de diverso origen étnico (Zorbaugh). Como señala Ulf Hannerz (1986, p. 41) la escuela de Chicago se podría entender como antropología en la medida en que la forma de construir los casos de estudio remite a procedimientos etnográficos: realización de entrevistas, conocimiento a profundidad del entorno analizado a partir de la observación y la participación en relaciones cara a cara. Igualmente la cantidad y tipo de investigaciones realizadas permitió tener una imagen amplia de los procesos sociales en Chicago durante un rango extenso de tiempo, en donde cada estudio se complementaba y dialogaba con otros.

Es en 1938 cuando muchos de los planteamientos precedentes encuentran una expresión rotunda en el conocido artículo de Louis Wirth *El urbanismo como modo de vida* (1964). Este trabajo es relevante no sólo por sintetizar y hacer avanzar teóricamente muchos de las premisas de la escuela de Chicago, sino también por abrir nuevas formas de pensar la dimensión social de la ciudad al proponer categorías y esquemas analíticos novedosos e influyentes. El centro de la exposición de Wirth tiene que ver con encontrar la mejor definición para caracterizar qué es una ciudad en tanto que entidad social, al encontrar insuficientes los acercamientos basados en indicadores como el tamaño de población o la densidad poblacional en sí misma. “El problema central del sociólogo de la ciudad es descubrir las formas de organización y acción social que emergen de manera característica en asentamientos compactos, relativamente permanentes, compuestos por un amplio número de individuos heterogéneos” (p.68).

De aquí entonces que el tema que se plantea no sea tanto el de las características físicas, económicas o históricas de la ciudad, sino el de la manera en que se crean y mantienen vínculos sociales, es decir, lo que interesa son aspectos inmateriales de la urbe. En buena medida el análisis de los efectos que la gran aglomeración urbana tienen sobre la vida social derivan puntualmente de Simmel: roles segmentados, fugacidad en las relaciones, utilitarismo, competencia. El texto propone a partir de estos elementos un

modelo para acercarse a la vida urbana: “En base a las tres variables, número, densidad del asentamiento y grado de heterogeneidad de la población urbana, parece posible explicar las características de la vida urbana y explicar las diferencias entre ciudades de varios tamaños y tipos” (p.77). Esto permitiría abordar tanto una estructura física, un sistema de organización social y, por último, un conjunto de actitudes e ideas que se expresan en el comportamiento colectivo.

El individuo aislado y carente de contactos sociales plenos tendría entonces que recurrir a la pertenencia a organizaciones y grupos como una forma de poder realizar algún tipo de acción colectiva y al mismo tiempo participar en instancias que sirven como mecanismos de control social informal, es decir asumir lo colectivo implicaría participar en normatividades supraindividuales. Este gregarismo social a su vez conjura la amenaza constante de la anomia durkheimiana, expresada en la delincuencia, problemas mentales, desorganización social y corrupción que en esta visión ocurren con mayor intensidad en la ciudad que en las comunidades rurales.

Este conjunto de postulados, si bien influyentes, dada su claridad y su capacidad para acoplarse/integrarse a imágenes culturales de la época sobre la ciudad¹ (en dónde ya existía un discurso sobre la ciudad como lugar del desvanecimiento de los lazos solidarios), han sido también fuertemente cuestionados. Un argumento es el de que la visión de Wirth propone a la ciudad como un sistema cerrado; no hay reflexiones sobre cómo se puede lograr una forma urbana de vida en condiciones no urbanas (Hannerz, 1986, p. 81) y sobre cómo se vincula la ciudad con el resto de la sociedad. Del mismo modo, al examinar la importancia otorgada a la densidad, emerge de nueva cuenta el mismo problema, ya que la densidad no es en sí misma absoluta, sino relativa a entornos circundantes que no aparecen contemplados en Wirth. Igualmente, en relación con la densidad, cabe preguntarse cuánta es necesaria para producir heterogeneidad.

¹ Al tiempo que los etnógrafos de Chicago daban desde las ciencias sociales una versión sobre lo que era la ciudad, en la novela norteamericana se escribían en una veta realista las vicisitudes individuales y colectivas de la vida en las grandes urbes. Johnn Dos Passos, Sinclair Lewis y Scott Fitzgerald a su manera se convirtieron en etnógrafos de Nueva York de comienzos de siglo hasta los 30's.

1.3. La comunidad y la ciudad.

En los planteamientos que se han expuesto sobre la naturaleza social de la ciudad, y que forman parte de las grandes tradiciones teóricas de las ciencias sociales, un elemento común es la persistente definición de la ciudad a partir del contraste con el mundo rural. Mas aún, no se trata del mundo rural en su dimensión de producción agrícola o como entonos vinculados a una red de lugares más amplia. En realidad se deposita en el mundo rural una de las nociones máspreciadas para entender la dinámica social, y esta es la noción de comunidad. Del mismo modo, el discurso sobre la naturaleza de los vínculos sociales en la urbe pareciera ser que se funda en un doble reconocimiento, por un lado, el de lo inédito de la gran ciudad como espacio de vida de la población, y de ahí su correlato con la idea de modernidad, y , por el otro, el de la pérdida de patrones de vida existentes en la pequeña comunidad. Habría que considerar también lo señalado por Amalia Signorelli (1999) en el sentido de que la oposición campo- ciudad posee un estatus epistemológico débil, lo cual hace que sea utilizada como concepto histórico o bien estructural, usualmente en una dinámica rígida y más cercana a una tipología ideal.

A manera de establecer un contrapunto con las ideas ya expuestas sobre la ciudad, en este apartado se expondrán las concepciones de Robert Redfield sobre la pequeña comunidad, dado que es a partir de estos planteamientos que se desarrolla la idea del continuo rural-urbano, en una dinámica que asigna características sociales a partir del tipo de espacio habitado. Igualmente es significativo ya que inserta la discusión sobre la comunidad en un plano claramente antropológico.

* Las características de una comunidad pequeña son para Redfield (1973): su distintividad, es decir, son poblaciones capaces de diferenciarse unas de otras tanto para el extraño como para el habitantes; son también pequeñas en el sentido de constituirse como unidades de observación abarcables; son homogéneas en tanto que las actividades y puntos de vista son compartidos por todos los habitantes, lo mismo que las trayectorias vitales se repiten de generación en generación; por último son autosuficientes ya que las personas encuentran todo aquello que necesitan dentro de ella, así, el contacto con el exterior es escaso y de poca relevancia. Se reconoce que estos rasgos se ajustan a formas de agregación existentes en el pasado, la banda como organización social, pero de cualquier

manera aún pueden ser relevantes para analizar comunidades actuales (se plantea esto en la década de los cincuenta), como es el caso del poblado Yucateco de Chan Kom que le sirvió a Redfield para reflexionar sobre estas dimensiones.

El análisis de Redfield es claramente antropológico en la medida en que aparecen ahí los temas que definen a una comunidad como un sistema de creencias y una ubicación dentro de un mundo de sentido que se explica por la persistencia de la tradición. En esta aproximación se pone énfasis en la estructura social, el parentesco y las posibilidades de la libertad individual, la manera típica de construir una biografía, lo mismo que la forma en que aparecen elementos de la cosmovisión Maya actualizada en la década de los 50. Esos elementos aparecen de manera recurrente integrados a un todo, a una visión holística de la comunidad, en donde los diferentes aspectos de la vida social se encuentran fuertemente interrelacionados entre sí, creando así un mundo interdependiente en sus diversos aspectos.

Con todo, al momento de poner en relación a la pequeña comunidad con un contexto social y espacial más amplio se reconoce que no hay un modelo de análisis que se pueda aplicar de manera automática. Factores como las el tipo de inclusión de la pequeña comunidad en una región con otras comunidades, esquemas de organización social, el grado de penetración de instituciones estatales, hace que sea difícil proponer un esquema concéntrico (a la manera del que Evans-Pritchard aplica a los Nuer), o inclusivo, en donde en un polo se ubique la pequeña comunidad y en el otro el estado. Redfield reconoce la necesidad de una forma de pensamiento que tome en consideración de manera cualitativa los diferentes tipos de relación que establece el habitante del poblado tanto al interior del mismo (su familia, su barrio) como hacia afuera (relaciones comerciales, o con el estado) (1973, p.125). Más adelante en el texto reconoce igualmente que probablemente las transformaciones en la pequeña comunidad se puedan entender a partir de un esquema dual que “concebirá la vida primitiva, folk, o campesina como una forma de vida abstracta y general, como una estructura total imaginada, cualitativamente diferente del tipo de vida que caracteriza a los pueblos y ciudades” (p. 131).

Un elemento interesante en esta exploración al pensamiento sobre la pequeña comunidad es que el instrumental metodológico y analítico de la antropología, al menos en la versión de Redfield, parece estar mucho más adecuado para abordar comunidades

relativamente asiladas y autosuficientes que contextos de intercambio cultural más amplios. Si bien se reconoce el tema de la transformación social, esta es analizada en la propia dinámica interna de la comunidad y no en la relación con otras fuerzas sociales (migración, intervención del estado o agentes comerciales).

Esta visión de la comunidad tal vez no nos diga mucho sobre la vida urbana en sí misma, sin embargo proporciona elementos para reconstruir cómo se ha pensado esa otredad de la ciudad que es la vida social en pequeña escala. Para concluir este apartado puede ser interesante seguir una de las pistas que da Redfield al señalar a la comunidad como “una estructura total imaginada”, lo cual remite de manera directa al trabajo de Benedict Anderson sobre, precisamente, comunidades imaginadas (1993). El punto de interés aquí no son tanto las características de una comunidad en sí misma, como lo pudiera ser el tema del nacionalismo desarrollado por este autor, sino más bien la forma en que la misma idea de comunidad es elaborada.

Al definir a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”, y precisar que “es imaginada por que aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (p.23), se está proponiendo que la manera de concebir un territorio, la nación, está fuertemente vinculada a procesos simbólicos que instauran una unidad ahí donde esta es socialmente necesaria. Añade Anderson :“De hecho, todas las comunidades mayores que las aldea primordiales de contacto directo (y quizá incluso estas) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con que son imaginadas”(p.24). La manera de recrear los lazos de relación entre un conjunto de personas constituiría entonces un proceso de elaboración de comunidad. Sin embargo, el hecho de que puedan ser designadas como imaginarias no resta importancia a su capacidad para generar adhesiones y conflictos, tal y como lo muestra el mismo texto de Anderson. Lo que es interesante en este caso es la visión de que la comunidad es producida como imagen cultural por aquellos que la integran y desde mecanismos culturales de poder, y en particular desde una textualidad social ya que son los periódicos, a la manera de Habermas, los que se encargarán de difundir las noticias de la nación.

Para volver a la temática del pensamiento social sobre la ciudad se podría postular que a cierto nivel tal vez estemos atestiguando imágenes producidas en un juego de espejos. Por un lado, la ciudad para definirse requiere de un “otro”, llámese ámbito territorial, vínculos sociales, temporalidad social, y al delinear lo que no se comparte con esa otredad, la dibuja con cierta precisión. Y, sin embargo, esa comunidad de referencia es probablemente imaginada, con lo cual, aquello que se busca definir pertenece al mismo ámbito de lo imaginado.

1.4. Los temas de la antropología urbana.

Los planteamientos desarrollados en las secciones precedentes forman parte de las principales tradiciones en las que se funda la antropología urbana, con todo falta delinear con mayor precisión ámbitos temáticos y desarrollos de investigación. Si bien en la sección anterior la exposición buscó seguir cierta progresión cronológica, comenzando con el Berlin de Simmel en 1903 para finalizar en Yucatán con las recapitulaciones de Redfield sobre la pequeña comunidad realizada a mediados de los cincuenta, en este apartado se combinará tanto una visión del campo en los últimos veinte años como un recuento de aquellos tópicos que están alrededor del acercamiento antropológico sobre la ciudad.

Para comenzar tomemos como referencia la antología publicada en 1980 por Gmelch y Zenner sobre antropología urbana, en la que se recuperan trabajos realizados en la década anterior. Los temas ahí abordados tienen relación tanto con la tradición heredada a partir de la escuela de Chicago (urbanismo y modo de vida) y tópicos usualmente desarrollados en ámbitos no urbanos (parentesco y familia). Igualmente aspectos problemáticos y conflictivos de vida en la ciudad (pobreza urbana, migración, clase y etnicidad, vecindario) tienen un lugar en el texto. Una tensión entre pasado y presente de la disciplina es visible en esta manera de ordenar el libro, ya que las preguntas sobre qué es una ciudad, orientadas desde la perspectiva de Wirth siguen vigentes, a pesar de las múltiples críticas realizadas, y por otro, se abordan temas que emergen a partir de las grandes concentraciones urbanas de la década de los setenta.

Una sección que resalta en el libro es la dedicada a reflexionar sobre lo que significa hacer trabajo de campo en las ciudades. El texto de Foster y Van Kempler (1980) que

aparece en esta sección resulta ilustrativo de la tensión entre aproximaciones metodológicas tradicionales y nuevos contextos de aplicación. La fórmula “del campo a la ciudad”, o de “campesinos a residentes urbanos”, describe no sólo el cambio de énfasis en cuanto a sujetos y grupos investigados, sino también el de la propia movilidad del antropólogo a través de diferentes contextos sociales. La movilidad no sólo es personal, enfrenta también el reto de cómo desplazar el abordaje conceptual y metodológico a otros ámbitos: “En la investigación urbana el antropólogo enfrenta un problema mayúsculo: definir una población en el contexto holístico que se daba por sentado en el trabajo de campo rural” (p.96). Aquí ya no ocurre el efecto metonímico que existía en el ámbito rural en donde un parte poseía la virtud de convocar a un todo, ya que la parte estaba integrada orgánicamente a una estructura, en la ciudad habría que enfrentar el reto de buscar aquel proceso significativo para ilustrar una de las facetas de la vida urbana, y al mismo tiempo elaborar un contexto dentro del cual este proceso particular fuese relevante.

Un trabajo realizado en México y que ilustra algunos de los temas predominantes en la década es el realizado por Larissa Lomnitz (1978) sobre la marginalidad urbana. A partir del amplio contexto de la desigualdad social urbana, enfocada como marginalidad, se analiza la migración, el parentesco y las redes de intercambio entre los habitantes de una barriada (o barrio) en la ciudad de México. El análisis se ciñe a los procedimientos etnográficos del análisis de condiciones de vida, entrevistas a profundidad con informantes claves, caracterización de la estructura familiar, e incluso aplicación de cuestionarios para ampliar la visión sobre temas como patrones de migración.

Con todo, no deja de llamar la atención la concordancia extrema entre tema de investigación y abordaje metodológico- conceptual. Si una de las constantes críticas a la antropología urbana de la época es la dificultad para pensar lo urbano desde modelos que no partan de la experiencia en poblados rurales relativamente autosuficientes, en este trabajo el acercamiento a la marginalidad cumple la función de colocar aparte del mercado de trabajo y de consumo al grupo humano y la barriada que se estudia. Así, el tema de investigación ubica en un lugar desconectado de la trama urbana a sujetos y procesos, y se vuelca sobre las redes sociales como una forma de documentar la vida al interior de la barriada, en donde también estas redes están guiadas por la primacía del parentesco. También se podría pensar en algunos ecos del trabajo de Wirth en el sentido de enfatizar la

importancia de las relaciones sociales a partir de grupos como una estrategia para aminorar el anonimato y la fragilidad interpersonal en las ciudades.

En un texto que realiza un balance sobre la antropología urbana en los ochenta, desde una perspectiva mundial (aunque elaborado a partir de publicaciones sólo en inglés), se realiza la siguiente caracterización de los temas dominantes en el periodo de 1950 a 1970 (Sanjek, 1990) :

- * Puesta en evidencia de la pobreza urbana (con argumentaciones a favor o en contra de Oscar Lewis)
- * Documentar la migración rural-urbana (campesinos en las ciudades)
- * Etnografía de la vida en vecindarios urbanos (“el poblado urbano”)
- * Atención a la estructura y funciones adaptativas de las asociaciones voluntarias
- * Demostración de la “persistencia” de las relaciones extendidas de parentesco
- * Interés técnico en los esquemas de diferenciación de roles y en análisis de redes
- * Fascinación con la etnicidad (especialmente en su expresión en votaciones, violencia)

Del mismo modo, y con la experiencia del trabajo desarrollado en los 90, se señalan las debilidades y omisiones de estas temáticas:

- * El interés sobre los pobres y los migrantes urbanos no se balanceó con estudios sobre clases trabajadoras ya establecidas o sectores medios.
- * La dinámica cultural de la migración rural- urbana e internacional no se ubicó dentro de un análisis histórico de la movilidad global y la recomposición del capital; faltó una perspectiva del “sistema-mundo”.
- * Los sitios y las relaciones de trabajo fueron poco estudiados en relación con ámbitos y actividades residenciales
- * Mujeres, género y sexualidad fueron apenas visibles
- * Faltó una perspectiva desde el ciclo de vida. Las etnografías no se extendieron hacia los jóvenes, educación, tercera edad.
- * La acción política de base fue escasamente un tópico central

* La religión, salud y cultura popular no fueron ampliamente abordadas.

* La antropología urbana enfatizó el orden y la interrelación de la vida urbana; poco se investigaron las relaciones sociales efímeras, transitorias o tangenciales.

Esta enunciación de las características de la disciplina muestra la tensión que se apuntaba ya entre contextos, métodos y objetos, en donde entornos cambiantes fueron enfocados desde procedimientos establecidos y grupos y fenómenos emergentes apenas adquirirían visibilidad. Del mismo modo, campos temáticos que se abordaron en la década de los ochenta buscaron cubrir estas carencias y ampliaron el rango de temas y grupos socioculturales.

Cabe señalar igualmente que este recorrido temático, con pretensiones ecuménicas, realizado a partir de las publicaciones en inglés soslaya problemáticas abordadas en la antropología urbana en nuestro medio académico. Uno de los temas no representados en el anterior recuento es el de la fiesta en la ciudad. Esta es relevante en contextos de fuerte religiosidad popular en donde lo religioso se mezcla con lo secular, representado por el comercio y la intervención de instancias oficiales, para recrear una temporalidad no cotidiana (ver por ejemplo Rodríguez, 1991). Otras temáticas cercanas y no representadas son las del movimiento urbano popular, en tanto creación de prácticas y mundos simbólicos desde la participación social por fuera de partidos políticos, y los usos del patrimonio histórico como maneras de recrear imágenes de la historia (Ver Aguilar y Sevilla, 1996).

Con todo, una ausencia en ese periodo y que hasta la fecha se sigue señalando como persistente, atañe a la elaboración teórica sobre la ciudad y la espacialidad. Se volverá sobre esto más adelante.

Para finalizar con este recorrido de temas y aportes se expondrá una sistematización que del campo de los estudios de antropología urbana realizó Setha Low (1996) para el periodo de 1989 a 1995. Reconoce de entrada que la mejor forma de presentar el amplio y diverso campo de la antropología de las ciudades es a través de diferentes imágenes y metáforas que reúnen trabajos con una intención semejante.

La primera imagen es la de abordar la ciudad a través del gran tema de las relaciones sociales, en donde quedan integradas: la ciudad étnica, la ciudad dividida (racismo y segregación, el ghetto), la ciudad de género, la ciudad movilizadora (resistencia y

conflicto en las políticas urbanas). Los trabajos reseñados aluden en su mayor parte a un tema común que es el de la diferencia en la ciudad, a la manera en que grupos sociales a partir de un rasgo particular (etnia, género, condiciones sociales) manifiestan su presencia en el espacio urbano, sea en una dimensión reivindicativa o como expresión de formas de estar en la ciudad más allá de instituciones y normatividades compartidas, como es el caso del ghetto.

Una segunda imagen es la de la economía, a partir de esta se reseñan los trabajos alrededor de la ciudad desindustrializada, la ciudad global y la ciudad informacional. Aquí se bosquejan dos polos en relación con las transformaciones económicas y tecnológicas contemporáneas. Por un lado, se piensa en los efectos urbanos y laborales provocados en el cierre de plantas industriales y, por el otro, en la conformación de nuevas funciones urbanas que son ya extralocales, lo que obliga a pensar el espacio y los lugares en una dinámica multideterminada que escapa a ellos.

Por último, una tercera imagen se refiere a la planeación urbana y la arquitectura, aquí entran en juego las imágenes de la ciudad modernista, la ciudad posmoderna, la ciudad fortaleza y la ciudad tradicional. La ciudad modernista es retratada desde las dificultades de realización de la utopía arquitectónica, particularmente a partir del trabajo de James Holston sobre Brasilia. La combinación de consumo masivo, imágenes culturales globales emblemáticas, la compresión del tiempo-espacio, la ilusión mercadotécnica de una ciudad ahí en dónde existe segregación (Atlanta) componen algunos de los rasgos de la ciudad posmoderna, en donde un elemento común es que nada es lo que parece. La ciudad fortaleza remite a la creación de nuevos sujetos sociales a partir de dispositivos físicos y simbólicos que crean exclusiones sociales de diversa intensidad: frente a otros sectores sociales y a la vida pública de la ciudad.

1.5. Antropología y cultura urbana: una discusión.

A partir de los elementos vertidos en las páginas anteriores sobre el desarrollo de tradiciones y temáticas en la antropología urbana el propósito de esta sección es problematizar algunos temas que en su persistencia dan coherencia al campo.

Una primer gran tema es el referido a la ciudad y lo urbano. Ambos términos se plantean de manera separada, ya que probablemente no son necesariamente sinónimos. La ciudad que se ha delineado posee varios rasgos distintivos: se opone a otro espacio (el campo); es heterogénea, densa e impersonal; tiene una diferenciación social interna expresada en pautas de ocupación del espacio; es también una estructura que permite desplazamientos y usos múltiples. Lo urbano, en un sentido paralelo, sería aquello que se produce en términos sociales en las ciudades y que emerge de manera no necesariamente instrumental o prevista. Tal sería el caso del anonimato, el deseo de comunidad, y formas de interacción e interrelación entre habitantes, usuarios, ciudadanos, lo mismo que formas de organizar y normar el espacio común. Tal vez en esta dirección se pueda leer con sentido la afirmación de Park que propone a la ciudad como un estado de ánimo (*a state of mind*), o bien a Wirth que postulaba el urbanismo como modo de vida.

En una discusión sobre el mismo tópico Delgado (1999) hace una distinción tajante entre la ciudad y lo urbano, al definir a la primera como “una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí” (p.23), y a lo segundo, en términos mucho más dúctiles, en donde el principio básico es reconocer “lo que define a la urbanidad como forma de vida: disoluciones y simultaneidades, negaciones minimalistas y frías, vínculos débiles y precarios conectados entre sí hasta el infinito..” (p.26). Se busca, en suma, aquello que no está de manera fija en la ciudad, a la manera de edificaciones y áreas, sino lo que se crea desde el contacto humano en ese entorno, y de manera privilegiada en el espacio público. Aquí cabrían situaciones sociales, encuentros entre extraños, es decir, todo aquello que es intersticial y nómada en un contexto espacial.

Si bien la argumentación es interesante tal vez implica poner lo urbano en un contexto demasiado restringido, el de lo azaroso, interpersonal e impersonal, cuando tal vez lo que está en juego son los sentidos de la relaciones interpersonales coordinadas y cristalizadas en prácticas con relación, central o tangencialmente, al espacio. De cualquier forma, lo que esta discusión pretende mostrar es la amplia gama de posibilidades de comprensión sobre la ciudad y lo urbano, en donde existe un campo amplio entre cierta fijeza de actores y espacios, y la movilidad de sentidos y situaciones.

Otro tema ampliamente evocado atañe a la necesidad de precisar si se lleva a cabo antropología *en* la ciudad o antropología *de* la ciudad. Lo primero remitiría a plantear acercamientos de investigación de un modo casi inercial siguiendo las tradiciones teóricas y metodológicas de la disciplina. Importa entonces el tema en particular más que la red de relaciones en las cuales se encuentra inmerso. Lo segundo implicaría reconocer en la misma formulación del objeto de investigación su capacidad para indagar sobre dimensiones significativas de la vida urbana. De cualquier manera, esta segunda vía requiere de preguntarse sobre la naturaleza social de la ciudad, o tipos de ciudades, contemporáneas. Probablemente así sería posible escapar de intenciones totalizantes ya caducas, aunque a su vez plantea el problema de la plausible fragmentación de las modalidades de conocimiento de la ciudad. Con todo, al elegir una estrategia así sería posible establecer parámetros para analizar la antropología *de qué* ciudad se está realizando, o *de qué* manera de practicar lo urbano. Un ejemplo de lo anterior es, por citar un caso, los trabajos que se ocupan de la periferia o de la rururbanización, en donde a partir de acotarlo como una manera de abordar procesos de crecimiento urbano se preguntan por el tipo de vida social que se forma en estos contextos.

Junto con la preocupación sobre el *en* o el *de la* antropología en la ciudad es pertinente precisar qué se nombra cuando se habla de cultura urbana. Este término, consolidado por el uso, tal vez esté ya demasiado cargado de herencias en donde la cultura es vista como un todo coherente, sustentada en “el mito del otro homogéneo” como también ha sido llamado (ver Herzfeld, 1997). En el afán de asir una visión integrada desde temáticas acotadas (parentesco, marginalidad, pobreza) la teorización se realiza sobre el fenómeno mismo, más que sobre estructuras o procesos de mayor alcance. Así, si la ciudad y el espacio ha sido tópicos insuficientemente teorizados como apuntan algunos autores (Low, 1996; Ferguson y Gupta, 1997) se tiene entonces que hablar de cultura urbana remite más bien a un ánimo por situar un conocimiento sobre procesos culturales en la ciudad, y no tanto hacer explícita una teoría sobre la cultura, la ciudad y el espacio, o acerca de cómo abordar metodológicamente estos procesos.

Para Ferguson y Gupta la ausencia de la preocupaciones teóricas consistentes sobre espacio puede analizarse a partir de que esta categoría es en muchos casos pensada como “dada” o preexistente. Es el caso de cierto pensamiento sobre el estado nación, en donde su

distintividad está en la ocupación de espacios “naturalmente” discontinuos. En estos casos el espacio se vuelve una malla neutral en la cual se inscribe la diferencia cultural, memoria histórica y la organización social. Con todo el tema más amplio es que todas las asociaciones de lugar, gente y cultura son creaciones sociales e históricas que deben ser explicadas. Esto implica que las asociaciones entre lugar y cultura que puedan existir deben ser tomadas como problema de investigación antropológica más que punto de partida, con la conciencia de que las territorializaciones culturales deben ser entendidas como resultados complejos de procesos culturales en curso.

El isomorfismo entre espacio, cultura y lugar que se ha practicado hace emerger algunos problemas significativos:

- Fronteras. ¿Cómo caracterizar la cultura de aquellos que viven en ellas o entre ellas.
- ¿Cómo caracterizar las diferencias culturales dentro de una localidad?
- ¿Cómo entender el cambio social y las transformaciones culturales como situadas dentro de espacios interconectados?

Más allá de estos temas relevantes sobre la intersticialidad también habría que volver sobre los procesos y prácticas que construyen un lugar, siguiendo la idea del lugar como algo elaborado socialmente y no como dado. Así, lo que podría ser pensado como una experiencia inmediata de la comunidad (encuentros cara a cara, afectividad que fluye de manera automática) está en realidad constituida por un conjunto más amplio de relaciones sociales y espaciales.

Un elemento que es intrínseco a la argumentación que se ha expuesto es el de que no es posible ya adscribir la cultura, ni en términos de modelos analíticos ni de realidades contemporáneas, de manera automática a un espacio o lugar. De aquí entonces que la reflexiones sobre lo urbano y el espacio tengan que estar atravesadas por consideraciones sobre maneras contemporáneas de producción y difusión cultural.

Ulf Hannerz (1998) reconoce que lo distintivo en las formas de organización cultural contemporáneas es tanto la movilidad de personas como la movilidad de significados y de formas significativas a través de los medios de comunicación. Esta movilidad rompe los límites el estado nación, haciendo que el territorio no sea ya el recipiente de culturas autocontenidas, sino de la complejidad cultural. En este escenario un

tema relevante es el preguntarse por la transformación de mundos simbólicos, o acerca de ¿menos cultura o más? La disputa entre continuidad y cambio, no lo es sólo entre el mercado (nuevos objetos, productos, signos) y el estado (preservar y normar), sino también implica mirar cómo se construyen y reinterpretan los significados en ámbitos acotados.

La relación entre permanencia y cambio es una de las formas de entender la dinámica cultural entre lo local y lo global. En este contexto lo local sería visto como la fuente de la permanencia de hábitos, costumbres, tradiciones, formas de valorar y nombrar el mundo en común. A partir de contactos cara a cara y relaciones de larga duración en un contexto sensible se establece una definición de lo “real”, que contrasta con la experiencia de lo visto o leído, que posee otro carácter de realidad, aunque en momentos puede ser más comprensible, dada la tendencia a la reducción de la complejidad de las informaciones mediáticas. Lo local, por otra parte, es también el terreno en el que se desarrolla la vida cotidiana de la cual adquiere una consistencia basada en el tiempo común, en la memoria compartida. Con todo, hay que reconocer que lo local no tiene existencia autónoma, su significado es tal vez es de escenario en donde confluyen influencias de todo tipo. Siguiendo con Hannerz habría entonces que percatarse de que no todos los componentes típicos de local son intrínsecamente locales, o asociados con un territorio particular.

Una perspectiva que comparte puntos de coincidencia con la anterior es la planteada por Arjun Appadurai (1997) en relación a la producción de la localidad. Una vez más se parte de la premisa de que lo local o localidad no es algo ya constituido a partir de lo cual se puedan comenzar a plantear indagaciones antropológicas, sino que ese es un tema de trabajo en sí mismo. Más aún, mucho de lo abordado por la antropología en relación a prácticas en y sobre el espacio (orientación de la vivienda, traza de caminos, nominación de lugares) puede ser visto como prácticas para la producción de la localidad. En la medida que es vivida como algo frágil, está sujeta a ritos y prácticas incesantes que preservan su materialidad. Del mismo modo, la localidad también produce sujetos locales, capaces de reproducirla, profundamente implicados en lo que ha sido llamado por Clifford Geertz, conocimiento local. Así, la localidad puede ser definida como “una propiedad fenomenológica de la vida social, una estructura de sentimiento que es producida por formas particulares de actividad intencional y que produce tipos particulares de efectos materiales” (p.182).

El repertorio temático de la antropología urbana es amplio y probablemente cada vez menos reclamable como patrimonio único de la disciplina. La amplitud y complejidad del objeto de estudio reclama con intensidad un trabajo de corte transdisciplinar en el que se iluminen diferentes tópicos de la vida en las ciudades. La antropología puede brindar de manera crítica un acercamiento a sujetos y procesos sociales en una escala microscópica, haciendo uso de las grandes tradiciones de investigación que enfatizan el dato etnográfico construido en situaciones de copresencia con los sujetos y poblaciones con que se estudia. A pesar de todo habría que cuidar no practicar “un trabajo etnográfico aislado sobre la fragmentación de la ciudad y de sus discursos (ya que) suele caer en dos trampas: reproducir en descripciones monográficas la fragmentación urbana sin explicarla, o simula que se la sutura optando por la “explicación” de los informantes más débiles” (García Canclini, 1997) La dimensión cultural, por otro lado, sigue siendo un punto de referencia fuerte para analizar la ciudad, sin embargo habría que ponerlo en interrelación con procesos tecnológicos, económicos, laborales, comunicacionales de mayor alcance, ya que es en la lectura cruzada de estos temas en donde se encuentran las grandes tendencias de transformación social.

De lo propio y lo contado en la ciudad.

Probablemente se podría caracterizar el pensamiento sobre lo urbano a partir de dos grandes polos de tensión. Por un lado la dimensión de la heterogeneidad y la diferencia son constitutivas de una forma de pensamiento que pone el acento en las diferentes formas de insertarse en el mundo laboral, en la ocupación de áreas de la ciudad, en los cruces culturales que los grandes procesos migratorios hacia polos urbanos van tejiendo en su contacto con zonas o áreas ya ocupadas. Del mismo modo la dimensión de la diferencia es visible no sólo en dentro de la ciudad, sino fuera de ella al contrastarse recurrentemente con otros espacios de vida como lo son lo rural o el pequeño poblado.

El otro gran polo de pensamiento sobre lo urbano, es el opuesto, el de la comunidad. Este no es explícito a la manera del anterior, sino que se construye tanto desde inercias conceptuales y metodológicas (hacer antropología en un contexto distinto al de su formación en tanto que disciplina), como desde una persistente búsqueda de lo común, lo compartido, lo que es capaz de agrupar a colectividades. Desde los primeros trabajos, por ejemplo, de la escuela de Chicago, aparece la idea del vecindario urbano (Ver Bettin, 1982) en donde el espacio vivido en común es adscrito a la experiencia de comunidad, o en sus propios términos, como supercomunidad.

Una aproximación conceptual que resulta interesante para dar cuenta a un tiempo de la dinámica diferencia/ unicidad es la de identidad. Tema relevante no sólo en su capacidad para abordar la dinámica de la configuración de imágenes de lo propio y lo ajeno, sino también para abordar cómo procesos de habitar, usar, estar, recorrer espacios en la ciudad se insertan en una trama de sentido particular. Si las ciudades contemporáneas son el espacio que concentra la diferencia, en relación con la temática de multiculturalidad, de entornos sociales duramente contrastantes o de mundos simbólicos localmente globalizados, entonces la urbe es una instancia de generación constante de disputas sobre la identidad.

En este apartado se buscará dar una visión de las principales perspectivas respecto a la identidad, con énfasis en la dimensión espacial. En la segunda parte se abordará el tema de la generación de narrativas como forma de producción de referencias identitarias y reconstrucción del sentido del espacio vivido.

2.1. Las formas de la identidad.

Se puede hablar en términos contemporáneos de una explosión de las identidades adjetivadas: culturales, personales, étnicas, nacionales, de género, juveniles, urbanas. En todas estas formas en que se enuncia la identidad hay elementos comunes y que permiten el uso constante de la categoría. Se expondrán estos elementos recurrentes en la definición de la categoría de identidad y posteriormente se problematizarán en relación con el espacio urbano.

Por un lado, un elemento central es el de unicidad, es en este sentido que es posible remitir el término a la idea de “self” o del sí mismo. Es una ubicación dentro de un mundo social y el resultado de un proceso de situar aquellos rasgos que son distintivos, sea de una persona o de una clase, en el sentido lógico del término (ver Devereux, 1985). Estos rasgos son múltiples, lo cual señala la pertenencia a una gama amplia de identidades posibles, situacionalmente localizadas, como puede ser el caso de las adscripciones señaladas al comienzo del apartado.

Una tema contemporáneo relacionado con esto es el de la manera en que un conjunto de adscripciones pueden ordenarse o relacionarse entre sí. Se puede pensar en un esquema en donde estas se ordenan de manera jerárquica, de mayor a menor relevancia, y esto daría una suerte de ‘mapa’ de la configuración personal o social. En este sentido habría elementos con mayor peso, por llamarlo así, que ubican el conjunto de adscripciones periféricas (Zavalloni, 1980), existiendo una suerte de compromiso de las adscripciones menos relevantes en relación con las de más importancia. El otro extremo del continuo se situaría una concepción de la identidad en dónde concepciones de sí mismo podrían sucederse unas a otras sin mayor conflicto o contradicción entre ellas. Es el caso de cierta visión posmoderna que plantea la existencia de una amplia gama de modelos posibles de individuo o persona, accesibles desde los medios de comunicación, a partir de la cual el yo

contemporáneo se estructura a la manera de un caleidoscopio en donde cada situación convoca una identidad particular (ver Gergen, 1992). Se trata aquí de la idea de un individuo, y un entorno cultural, para el cual no existen ya compromisos comunitarios o normatividades fuertes que sancionen distancias frente a modelos tradicionales.

Del mismo modo, en esta sobreabundancia de posibilidades para el yo o el self no sólo se exceden las normatividades sociales, sino que también hay una redefinición de los límites de aquello que se consideraba como natural en relación con la naturaleza del cuerpo o la expresividad corporal natural. De aquí que algunas de las discusiones sobre identidades en ciertos grupos etarios, principalmente, los juveniles, sean sobre la escenificación de la diferencia a través del cuerpo (tatuajes, peinados, ropa; en fin, lo que ha sido llamado “la facha”). Igualmente, frente a esta sobreabundancia de recursos adscriptivos es posible pensar que la elaboración de referentes no sólo se remite ya a los contenidos de éstos (*qué se es*) sino a las modalidades cambiantes de acceso a estos referentes, es decir, las prácticas que pueden dar acceso a ellos (un *cómo se es*, a partir del consumo, uso de espacios, pertenencias grupales), o bien dimensiones más amplias como lo puede ser la misma idea de velocidad o transformación acelerada..

Por otra parte, pensar la identidad no sólo como atributos elegidos con relativa autonomía por el individuo, sino en términos culturales, lleva la discusión al ámbito de los sistemas de pensamiento dentro de los cuales se desarrolla una dinámica de socialización. En este sentido se ha definido a la identidad como “una construcción de sentido social, como una construcción simbólica”, constituida por las dimensiones de la permanencia, la distinción frente al otro y la semejanza entre dos elementos (Aguado y Portal, 1991). Frente a la diversidad tanto de identidades posibles, de acuerdo con lugares sociales, como de niveles de identidad, jerárquicamente constituidos, los autores proponen la existencia de un principio ordenador dentro del cual se ubican estos elementos, denominado como ideología. Entendiendo ideología tanto en su acepción de visión del mundo fragmentada, y como conocimiento capaz de reproducirse a partir de prácticas aisladas que son vistas como naturales. Proponen igualmente que la ideología se muestra de forma clara al imbricarse dentro de las dimensiones tiempo-espacio como principios que estructuran la vida colectiva. Estas dimensiones proporcionan consistentemente marcos de acción dentro de los cuales se fraguan referentes eficaces para dotar de sentido a las acciones de sujetos y

colectividades. Por la relevancia de la dimensión espacio temporal se volverá sobre esto más adelante.

La idea de unidad construida a partir de apelar a una identidad común, sin bien seductora, no deja de presentar puntos cuestionables. Tal sería el caso de pensar a la identidad construida sobre el marco de la heterogeneidad y la discontinuidad, y no necesariamente sobre lo opuesto. Los actos de poder que borran las distancias individuales y las diferencias internas serían también constitutivos de una noción de identidad con fines instrumentales y estratégicos (Díaz, 1993). Esto permite pensar que dentro del proceso de elaboración de una identidad colectiva se libran batallas tanto al interior de una colectividad para establecer cuáles son los referentes que la representan y, al mismo tiempo, los usos que esos referentes establecidos puedan llegar a tener en diversas arenas políticas. Usos que no necesariamente se corresponden con los valores originales asignados a esos referentes, ya que aquello pensado como emblema puede ser usado como estigma en las disputas entre identidades auto y hetero adscritas.

Otra perspectiva sobre la identidad cultural se desarrolla con un énfasis en el desplazamiento, la migración, el postcolonialismo, en suma, con la idea de ruptura. Aquí la cultura en primera instancia podría verse como un conjunto de valores, prácticas y formas simbólicas estables y ancladas al territorio original, de manera que la identidad cultural supondría recrear ese territorio primigenio en otro contexto, con la finalidad de mantener las referencias fundacionales de un grupo o bien con fines de posicionamiento político.

Con todo, una postura crítica sobre esta visión de la identidad como una gama de valores esenciales es realizada por Stuart Hall (1990) a propósito de la diáspora. Aquí plantea que existirían dos maneras de pensar la identidad cultural. La primera hace referencia a pensarla como una cultura compartida, a partir de yo verdadero, que habría que buscar y recuperar para saber quién se es en realidad. Tal imagen de “la verdadera cultura de pertenencia” ofrece una manera de dar una coherencia imaginaria a la experiencia de dispersión y fragmentación, que es de hecho la historia de las diásporas forzadas. Esta postura ha tenido una función política muy clara de apelar a un pasado común ahí donde el “otro” niega capacidad de interlocución (el ejemplo desarrollado por el autor se refiere a la idea de negritud propuesta por el senegalés Leopold Senghor en el contexto del panafricanismo de los años 60).

En una segunda manera de pensar la identidad cultural el énfasis está puesto en “convertirse” más en que en “ser”, ya que involucra relaciones cambiantes de poder, cultura e historia. En este sentido “las identidades culturales son los puntos de identificación, los inestables puntos de identificación y sutura, que son creados dentro de los discursos de historia y cultura. No son una esencia, sino un posicionamiento. Así, existe siempre una política de la identidad, una política de la posición, que no está garantizada en ninguna ‘ley de origen’ trascendental.” (p.226).

Siguiendo a Stuart Hall (1996) un primer elemento a considerar es el de la identificación, pensada como una construcción o un proceso nunca acabado de articulación, de sutura, respecto a un otro o diferencia, en donde hay que llevar a cabo un trabajo discursivo de reunir y marcar límites simbólicos. Requiere aquello que es dejado fuera, un afuera constitutivo, para consolidar el proceso.

Enfocando el tema de esta manera, se puede afirmar que la identidad no remite a características esenciales en el sujeto, sino a contextos y situaciones de identificación que pueden ser trazados históricamente. Esta ubicación es relevante en la medida en que las identidades se forman a través, y no sólo afuera, de la diferencia. “A través de su formación las identidades funcionan como puntos de identificación y vinculación, sólo *a partir* de su capacidad de excluir, de dejar fuera. Toda identidad tiene su ‘margen’, un exceso, un algo más. La unidad, la homogeneidad interna, que el término identidad trata como fundacional no es una forma de natural de clausurar, sino es construido, toda identidad nombra como necesario a un otro, por silenciado o innombrable que fuese, a aquel que ‘falta’ (p.5)”.

Un aspecto interesante en este abordaje es la perspectiva de que la identidad no sólo es del “uno”, sino también del “otro”, y se trata de un proceso de construcción recíproca mediado por el poder y la historia. Restaría entonces mirar con igual intensidad a los otros significativos frente a los cuales se elaboran los referentes indispensables para establecer identificaciones y distancias.

2.2. Las escenas espaciales y territoriales de la identidad.

Hasta el momento se ha reiterado el planteamiento de que uno de los rasgos preeminentes de la identidad es elaborar una definición de sí mismo, una colectividad o un

grupo, a partir de referentes que son apropiados desde un proceso de identificaciones ubicados temporal y espacialmente. En este apartado se busca ahora profundizar en la discusión sobre los contextos espaciales en que se forman y expresan las identidades.

En una frase afortunada Da Matta (1994) afirma que el espacio es como el aire que se respira, está siempre alrededor, es una atmósfera inevitablemente presente. Y no sólo opera como atmósfera sino como marca expresiva de un orden social que puede leerse a través de la manera en que el espacio es ordenado, marcado, usado, segmentado a través de límites que producen fronteras con interiores y exteriores.

De acuerdo con el mismo autor el espacio es indisociable de la noción de tiempo ya que las unidades de tiempo sólo pueden ser visibles al estar ligadas a alguna actividad social bien marcada, que ocurre en espacios distintos y relacionados, de manera que existe un sistema de contrastes o de oposiciones en el espacio, que da lugar a la constitución del espacio como cosa concreta o visible. De esta forma el espacio se encuentra sujeto a una estructuración social que corre al paralelo de la temporalidad: sea tiempo de trabajo y de ocio, cada cual con sus propios ámbitos; rutinas diarias y situaciones extraordinarias. De igual modo, el espacio remite a una “esferas de significación social que hacen algo más que separar contextos y configurar actitudes. Contienen visiones del mundo o éticas que son particulares. No se trata e escenarios o máscaras que un sujeto usa o deja de hacerlo – a lo Goffmann -, sino de esferas de sentido que constituyen la propia realidad y que permiten normar el comportamiento por medio de perspectivas propias” (p.41).

Podemos recordar el exhaustivo análisis que hace Pierre Bourdieu (1991) de la casa kabil como una forma de encontrar principios que estructuran la vida social a partir de la disposición, características y uso de las diversas áreas al interior de la vivienda, o la distinción que hace Da Matta entre la calle, la casa y otro mundo, como el reconocimiento de que la segmentación de espacios también refiere a un orden simbólico de mucho mayor alcance. En la misma línea, el conocido trabajo de Marc Augé (1993) propone la idea de lugar antropológico como aquel que es capaz de dotar de un espacio de referencia amplio a una colectividad a partir de características como el ser identificatorio, relacional e histórico (p.58). Estos elementos permiten fijar actividades sustantivas de la vida social a un territorio, de manera que este no podría ser confundido con otro o generar los mismos sentidos.

Es también posible plantear que si tiempo y espacio son principios organizadores de la vida social habría que pensar cómo, a su vez, una cierta estructuración económica, social, cultural de la sociedad podría incidir en estas dimensiones constitutivas. En este caso sería pertinente entonces abordar el tema de la modernidad como contexto socio cultural en que se produce el tiempo-espacio contemporáneo. Entre las características consistentes de la modernidad se señalan: ruptura con los tipos tradicionales de orden social, cambios acelerados, el mismo alcance de estos cambios (planetarios), naturaleza de las instituciones modernas, nuevo significado de la seguridad y confianza frente al peligro y riesgo. La velocidad y alcance de los cambios sociales produce igualmente una amplia pluralidad de estilos y modos de vida que tienen la característica de no compartir el mismo sistema de valores. La incertidumbre emerge de este modo en un contexto de persistente fugacidad, esto no sólo remite a una suerte de *ethos* contemporáneo, atañe también a la naturaleza de las instituciones sociales que son vistas ambiguamente como garantía de un orden vulnerable (Lindón, 2001).

Una característica significativa es también la separación del tiempo frente al espacio en el sentido de emergencia de formas de señalar el espacio sin referencia a un lugar particular, como categoría vacía, permitiendo así la reemplazabilidad de unidades espaciales (Giddens, 1990). Una mirada semejante sobre el mismo proceso es aquella que pone el acento en la desterritorialización como separación entre espacio y lugar (como asentamiento físico de una actividad). La difusión de patrones de consumo, estilos de vida, valores sociales hace pensar que estos no son ya propios de un solo sitio o sociedad, son prácticas que no se corresponden con una localidad determinada. Esto ha sido denominado ya como sociedad red o informacional en donde una de las preguntas que emergen es cómo conviven entre sí un espacio de flujos globalmente integrados y un espacio de lugares localmente fragmentado (Borja y Castells, 1998). Frente a este modelo visto desde la óptica de los grandes procesos sociales se podría también pensar en invertirlo y formular la relación desde una perspectiva basada en la localidad. Siendo así, la pregunta pertinente en relación con este paisaje de la modernidad sería la de ¿cómo se articula en cada caso el espacio tiempo de la localidad con los procesos de abstracción universalista tendiente a vaciarlo de sus formas? (Cruces, 1997). Se estaría hablando entonces de estrategias de buscar una integración, construida desde las prácticas y el discurso, de nociones

fundamentales para localidad en donde los propios actores puedan reconocerse desde una situación particular ante los otros, es decir, se estaría hablando de formas de producción de dimensiones identitarias.

Este contexto de modernidad no es reconocido usualmente de manera explícita al trabajar la identidad en ámbitos acotados, ciudad, barrio, vida cotidiana. Sin embargo es un referente que se vuelve implícito en lo que se ha realizado en la investigación con orientación empírica y que tal vez al retomarlo con mayor intensidad pueda hacer avanzar la discusión hacia otros temas o densidades de análisis. Del mismo modo, se ha emparentado la idea de modernidad con la de globalización, en mucho impulsada por los trabajos de Giddens y Hannerz, faltaría ahora pensar la modernidad desde los espacios locales o etnografiables y así averiguar como se ubican sujetos y colectividades frente a las dimensiones económicas y culturales del cambio.

Recuperando el tema del apartado, se puede proponer que para llegar al tema de la ciudad y la identidad, parecería pertinente iniciar haciendo una referencia a ámbitos territoriales más amplios como lo pudiera ser la aproximación a la región cultural. Para Claudio Lomnitz (1995) “Una cultura regional es aquella cultura internamente diferenciada y segmentada que se produce a través de las interacciones humanas en una economía política regional. Los diversos ‘espacios culturales’ que existen en una cultura regional pueden analizarse en relación con la organización jerárquica del poder en el espacio. Una cultura regional implica la construcción de marcos de comunicación dentro y entre los grupos de identidad, marcos que a su vez ocupan espacios” (p.39). Dentro de esta escala de análisis se propone igualmente la existencia de una “cultura íntima” para designar una cultura de clase social mediada por el ambiente regional, así se mantiene una doble especificidad: la de la posición social de los sujetos al tiempo en que se les ubica en un contexto espacial particular. Igualmente el termino íntimo remite a “las comunidades de clase (colonias, poblaciones, grupos que comparten los mismos espacios de trabajo o recreación) como a la cultura del hogar” (p.46). Esta cultura íntima se correspondería a la esfera en donde se gestan y practican los referentes identitarios.

Esta aproximación recrea la idea de cultura en un marco espacial a la manera de círculos concéntricos en donde la escala mayor contiene a unidades de menor alcance. Con todo, quedaría tal vez por precisar de qué manera se da el vínculo complejo entre diferentes

esfera, y más aún, de qué manera una persona o grupo puede interactuar en diversos círculos de manera sincrónica.

Otra visión sobre la región y la cultura propone que “la región sociocultural puede considerarse en primera instancia como soporte de la *memoria colectiva y como espacio de inscripción del pasado del grupo* que funcionan como otros tantos ‘recordatorios’ o ‘centros mnemónicos’ ”, también se le puede entender como un espacio geosimbólico cargado de afectividad y significados (Giménez, 2000, p.38). Sin embargo, esta dimensión regional parece más atender a la escala del espacio, su tamaño, que a la manera en que distintos cruces culturales pertenecientes a un mismo ámbito de sentido, el territorio compartido, crean referentes identitarios complejos.

Tal vez una mirada sobre la ciudad proporcione mayores elementos. A este respecto se puede reflexionar a partir de dos trabajos de investigación relativamente recientes que indagan el tema de la identidad en espacios acotados de la ciudad de México. El primero de ellos (Safa, 1998) aborda el caso de la Delegación Coyoacán. El centro de interés del trabajo son las identidades vecinales entendidas como construcciones simbólicas formadas desde la experiencia del sujeto y visibles en una arena social de disputa sobre la apropiación del territorio. En relación con la idea de vecindario se apunta la idea de que han dejado de ser comunidades homogéneas y más bien son ámbitos donde activan procesos sociales de control sobre el espacio cercano. Es en este ámbito que la identidad vecinal es definido como “una representación y una práctica de pertenencia a un lugar – un antiguo pueblo, un barrio, una colonia – a partir de las cuales se definen los límites y fronteras – reales o imaginarias – de un territorio que, desde el punto de vista de los sujetos, posee una identidad que lo distingue de otros territorios. La formación de identidades vecinales es el resultado de un proceso de construcción histórica que, a su vez, es constructor de la realidad física-geográfica y de la sociedad que forma parte” (p. 59).

El trabajo reconstruye la historia de la delegación política y documenta conflictos entre residentes que se proponen a sí mismos como originarios y los recién llegados para mostrar como la reconstrucción de la historia local puede ser usada como un argumento de legitimidad de las propuestas respecto a modificaciones o conservación del entorno. Se trata de un trabajo que reconoce a la identidad como un recurso que se moviliza en confrontaciones frente a otros, y que se encuentra vinculado a procesos de organización

social. Esta visión de la identidad como elemento constitutivo de organizaciones y movimientos sociales se encuentra vinculada con la visión de Manuel Castells (1999) respecto a la identidad colectiva que se forma en un contexto de poder y resistencia.

La segunda experiencia de investigación sobre la ciudad de México la constituye la realizada por Mariana Portal (2001) y se refiere a unidades residenciales y de vida dentro de la delegación Tlalpan, como lo son el pueblo, el barrio y la unidad habitacional. Aquí se busca el contraste entre estos diferentes espacios. Se señala que en el caso del pueblo “el territorio representa uno de los ámbitos en que se sintetiza la memoria colectiva del pueblo y el anclaje fundamental desde donde se incorporan a la ciudad” (p.21), la configuración de un paisaje que sirve como punto de referencia para saber donde se está, lo mismo que las relaciones de parentesco y la capacidad de organización social son elementos constitutivos del espacio local y forman la constelación de referentes que permiten la identidad social de los habitantes. En el barrio que se analiza es la pertenencia a la categoría de obreros (que conlleva la evocación de la fábrica ya ausente) y la referencia a la iglesia local, incluidas las festividades que se organizan desde ahí, lo que mantiene vivo una frágil sensación de pertenecer a un espacio común. Por último la unidad habitacional se caracteriza por la ausencia de las dimensiones que resultaron relevantes en los dos contextos previos. Ausencia de una historia recordada en común y de una centralidad colectiva que pueda organizar la vida social en el conjunto habitacional.

Pareciera ser entonces que en esta experiencia de investigación los espacios tradicionales, en los que se inscribe una historia y una centralidad, fueran centrípetos y convocaran hacia sí mismos una vida social intensa, y los espacios recientes se encontraran en una lógica centrífuga en donde no hay referentes simbólicos fuertes dentro de ellos.

En este sucinto recorrido por algunos de los escenarios en los que se ha abordado el tema de la identidad un elemento que aparece con claridad es la existencia de una tradición de investigación en donde ésta aparece referida al espacio habitado. En este caso lo urbano o la ciudad es abordada desde un recorte metodológico en el que alguna de sus áreas es estudiada con intensidad y se le confiere singular relevancia al entorno residencial. Ambas características son ampliamente argumentables desde múltiples frentes: la tradición antropológica que enfatiza la idea de comunidad, la escala de las ciudades contemporáneas, la persistente idea de lo cercano cómo el ámbito en el que se producen las socializaciones

significativas, la organización como momento en el que se muestra y recurre a las señas identitarias.

Otras rutas menos transitadas por la antropología para abordar la identidad en relación con el espacio requerirían considerar de manera amplia dos temas significativos, uno de ellos sería el del espacio público tanto en su aspecto de lugar de encuentros, como en el de dimensión comunicativa en la ciudad, y, el otro, el de la constitución del lugar o localidad.

En cuanto al primer tema se podría señalar el creciente interés por abordar la manera en que los espacios abiertos y accesibles crean una imagen de la ciudad que es elaborada desde el tránsito, el contacto entre extraños, la puesta en juegos de reglas de socialidad implícitas en la situación, la fugacidad como temporalidad, no de la ciudad, sino de la manera de transitar por ella. Se trataría en este caso de pensar a la ciudad no como un conjunto de espacios vividos y apropiados, sino como un sistema de interacciones sociales que sólo podrían ocurrir de una manera determinada en un contexto que ineludiblemente oscila entre lo anónimo de los encuentros y lo previsible de la situación. Pensar a la ciudad como un gran teatro no es descabellado a partir de los trabajos de Erving Goffman, Richard Sennett o de Isaac Joseph (1988), en donde la vertiente de espacio público y estrategias de interacción crean sofisticadas formas de exclusión o inclusión, de reconocimiento y distancia, sinceridad y representación. En esta vertiente, clasificable como microsociológica o del interaccionismo simbólico, es el individuo quien está en el centro del espacio público, haciéndolo posible desde sus rutinas y anticipando las rupturas. Así, el espacio público es el lugar de posibilidad de lo social y la socialidad.

La anticipación a la interacción frente a otros construye identidades virtuales en la medida en que se asignan características personales previas a la experiencia (Goffman, 1978), o bien la multiplicidad de formas presentación del sí mismo que pueden suponer una escena principal o una región posterior (1980), a partir de estos planteamientos es posible reflexionar sobre maneras de hacer frente a una situación propia del espacio urbano en la que el individuo tiene que validar su yo o visión de sí mismo. Sea en reiterados contactos cara a cara o a través del contacto con medios de comunicación el yo tiende a buscar puntos de referencia y autosustentación. Lo que en ciertas temáticas posmodernas parecería ser el yo en asedio y seducido (Gergen, 1992) en Goffman es la defensa de la estabilidad. Con

todo, como bien señala Hannerz (1896, p. 260) una crítica posible es la ausencia de una visión de mayor alcance sobre el proceso de construcción social del yo.

La incesante relación dinámica entre diferencia-indiferencia en la ciudad es un tema al que recurre Richard Sennett para analizar una de las texturas del espacio público en la ciudad contemporánea. La manera de diseñar espacios públicos, plazas, calles, lugares de encuentro, es también una manera de diseñar contacto sociales que se gestan desde la misma corporalidad, es decir, capacidades de ver, percibir, manejo de distancias. El papel del individuo en la ciudad se podría analizar desde su capacidad de movilidad y contacto con los otros, en donde, para Sennett (1996) los dispositivos urbanos de transporte y encuentros se forman desde la lógica de la dispersión y el aislamiento.

Otra de las facetas relevantes de lo público atañe a la manera en que esta dimensión es elaborada desde medios de comunicación, y cómo esto se vincula con la noción de ciudad comunicacional. Se ha reconocido que la esfera de lo público remite a “el ámbito de participación en las decisiones colectivas, en un plano de igualdad y solidaridad cívica. Lo político-público significa discusión, debate, participación, deliberación, voluntad y opinión colectiva” (Rabotnikof, 1998). Este conjunto de atributos vinculados a la noción de esfera pública se encuentran actualmente expresados en los medios de comunicación, más que en los encuentros cara a cara en espacios acotados. Agendas políticas, agendas urbanas, manifestación de opiniones, testimonios de primera mano, votaciones “democráticas”, todo ello pasa por el tamiz de los medios de comunicación. Y no se trata sólo de una esfera pública que ventile temas asociados con la imagen ortodoxa de la política, como partidos y votaciones, también configura visiones del y sobre el mundo, creando así un complejo sistema de representaciones sobre lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano (García Canclini, 1995). Es en este contexto que se ha reconocido que una tarea para la antropología es la de “comprender de qué manera se emplean los medios de comunicación en la práctica rutinaria y extraordinaria de crear e impugnar representaciones de uno mismo y de los demás” (Dickey, 1997, p. 6).

La noción de ciudad comunicacional refiere a que “los circuitos mediáticos adquieren más peso que los tradicionales *lugares* en la transmisión de informaciones e imaginarios sobre la vida urbana, y en algunos casos ofrecen nuevas modalidades de encuentro y reconocimiento” (García Canclini, 1999, p. 171). Lo novedoso en este caso es

la visibilidad de espacios sociales no desde la experiencia y la memoria sino desde su construcción simbólica apelando a los recursos expresivos de medios y géneros comunicativos.

En lo hasta aquí expuesto los escenarios vinculados al espacio en que se muestra y constituye la identidad son variados y abarcan desde lo regional hasta lo local, o bien en otra escala, se constituyen en lo situacional del espacio público. En todos estos recorridos una noción persistente es la referida a lo local, también enunciada como lugar. Estos términos no tienen una correspondencia precisa con delimitaciones geográficas o políticas, a la manera en que lo tienen las denominaciones de municipios, colonias, e incluso barrios. Son en primera instancia sedes de actividades sociales de algún tipo: residencia, comercio, industria, recreación y les corresponde, aunque no necesariamente, una forma física que los contiene aunque con límites imprecisos: barrio, colonia, poblado, ciudad. Se afirma que no necesariamente están inscritos en una forma física ya que se puede tratar de lugares que sean puramente interactivos, en donde el contexto físico como tal no sea estrictamente relevante. Sería el caso de encuentros y relaciones en lugares públicos donde el acento está puesto en los participantes y la situación; el contexto sería sólo genéricamente relevante -el afuera, la calle- y se trataría tal vez de una experiencia primordialmente fenomenológica.

En una perspectiva cognitiva se puede igualmente definir el lugar en términos de la ubicación de una acción y como suma de experiencias, en donde habría tres componentes fundamentales: actividades que ahí se realizan, propiedades físicas del entorno y la evaluación de ambos (Canter, 1978). En este acercamiento la actividad y las características físicas serían indisolubles del mismo lugar ya que éste es evaluado consistentemente en términos de preferencias, satisfacción, comprensión o legibilidad. Siguiendo estos acercamientos que enfatizan una dimensión evaluativa -perceptiva en tanto que realiza una síntesis de diversos elementos, ha indagado sobre la identidad del lugar (Proshansky, et. al. 1983). El punto de interés radica en analizar cuáles de las características de un asentamiento son percibidas como rasgos irreductibles y cuáles compartidas, igualmente se plantea que en constante relación con el proceso de socialización rasgos del lugar pueden llegar a formar parte de la definición del sí mismo a nivel individual o colectivo. Así, existiría una identidad compartida entre espacio y colectividad a partir de rasgos significativos experimentados de manera común. La legibilidad del espacio es también

relevante en este proceso. De acuerdo con Kevin Lynch (1984) la legibilidad se puede entender como la capacidad que tiene este de suscitar una imagen nítida de los elementos que lo componen, y se integra a los procesos que permiten desarrollar una imagen de la ciudad. Es posible pensar también que la legibilidad es relevante, aunque no suficiente, en el proceso de generación de una identidad social que toma como punto de referencia al lugar. Pueden existir lugares con una gran claridad en su forma y diseño y, sin embargo, no contener rasgos que sean reconocidos como pertinentes y significativos para la conformación de una identidad social con elementos ambientales, ya que se les adscribe a un orden espacial en donde no hay diálogo con los entornos que entran en el rango de visibilidad de una colectividad, serían “otros” no significativos.

Los rasgos o categorías del medio ambiente que pueden ser integrados como parte de la identidad social urbana son de naturaleza variable. Atañen, entre otras dimensiones, a la vida social (solidaridad, redes sociales fuertes), a la existencia de rasgos en el ambiente a través de los cuales se sienten representados (orden, limpieza), o bien a la presencia de elementos físicos que adquieren un carácter simbólico y emblemático (puntos de referencia a nivel local).

En otra forma de definir lo local, o una cultura local, vuelve la imagen de la comunidad, fantasma fundador de la antropología urbana. De acuerdo con Featherstone (1995) “una cultura local es percibida como algo particular opuesto a lo global. Por lo general se refiere a la cultura de un espacio relativamente pequeño y limitado en el cual los individuos que viven ahí entran en relaciones cotidianas cara a cara”. El énfasis se pone en lo habitual y estable de la cultura cotidiana en la que participan los individuos. Los límites de la localidad, a su vez, son relacionales ya que toman como referencia otras localidades significativas, que pueden ser contiguas, frente a las cuales ponen distancias y acentúan rasgos particulares. Los límites no son sólo de orden territorial, también implican un contacto continuo con los otros, lo cual puede derivar en el fortalecimiento de los rasgos que constituyen la identidad del lugar y los habitantes. Sin embargo, esta necesaria auto afirmación que suponen los cruces y relaciones también pone en evidencia un aspecto probablemente crucial de la localidad contemporánea: su fragilidad.

Esta fragilidad se muestra tanto en las continuas estrategias de producción de la localidad como en la recurrente sensación de pérdida del sentido del lugar. En las

investigaciones ubicadas en ámbitos acotados se afirma que es el tiempo transcurrido en común aquello que permite formar una memoria colectiva que da estabilidad y sentido permanencia a un grupo (ver Halbwachs, M., 1968), lo mismo que permite formar estrategias y pequeños rituales de sociabilidad entre los residentes y usuarios de un lugar. La sociabilidad, como la forma lúdica de la socialización, o democracia de iguales como la pensaba Simmel (1971), permite no sólo dar la forma en que se establecen relaciones interpersonales, sino crear un ámbito interactivo no instrumental por fuera de relaciones normadas socialmente (trabajo, instituciones), sería el terreno más propicio de creación de lo social. Esto remitiría a la centralidad de lo cercano, localidad o lugar, en la conformación de nociones de uno mismo y los otros, que son particularmente relevantes en la gestación de identidades individuales y sociales.

Otro elemento interesante que participa en la creación de la localidad es la reconstrucción que se hace de ella, no desde la memoria colectiva, sino desde las nostalgias sociales. Featherstone (1995) apunta que en condiciones de modernidad la evocación de tiempos y espacios en el pasado tiende a otorgarles una sencillez, coherencia y consistencia que el presente no tiene. De manera que habría que tener cuidado en asumir que la localidad siempre es una unidad social plenamente integrada.

En relación con los límites de la localidad Appadurai (1997) plantea un punto de vista relevante en el sentido de que la localidad, o comunidades situadas, son contextos que al mismo tiempo requieren y producen contextos. Son contextos en el sentido de que proporcionan el marco en el que pueden originarse y realizarse acciones humanas significativas. A su vez estas acciones adquieren sentido al relacionarse con otros ámbitos de sentido o contextos, es decir, requieren y producen contextos frente a los cuales se forma su propia inteligibilidad. Así las localidades son ámbitos fuertemente relativos a otros, no únicamente en su vertiente espacial, sino también en términos de sentido y significado. Esto plantea plenamente el tema de la producción de la localidad dentro de la discusión sobre permanencia y transformación cultural en situaciones de jerarquía y poder. Las dimensiones que reconoce Appadurai en relación con las luchas en la producción de la localidad son: 1) el continuado incremento de los esfuerzos del estado nación para definir todas las localidades bajo el signo de sus formas de apoyo y afiliación, 2) la creciente distancia entre territorio, subjetividad y movimientos sociales y colectivos, y 3) la continuada

erosión, debida principalmente a la fuerza de las mediaciones electrónicas, de la relación entre localidades espaciales y virtuales.

De acuerdo con lo reseñado en este apartado los escenarios de la identidad no podrían considerarse sólo anclados al territorio, tampoco estarían totalmente insertos en las relaciones simbólicas a distancia ya que requieren de un contexto de interpretación generado en pautas de socialización cara a cara, más bien son escenarios complejos y cambiantes en donde el individuo y la colectividad transforman continuamente sus ubicaciones de acuerdo a identificaciones inestables. Abordar el tema de la identidad sería una estrategia para analizar el sentido de lo urbano y los diferentes tipos de localidad o lugares que coexisten en ella. Así el interés no radicaría en la identidad por sí misma, que de suyo es interesante, sino como posibilidad de ahondar en la experiencia de la ciudad desde un “lugar” simbólico particular: el individuo, el grupo y sus referentes de adscripción y distancia.

2.3. Narrativas

Del mismo modo en que no hay una sola forma privilegiada de pensar la constitución de la identidad, tampoco hay una manera única en que esta se expresa. Son hábitos, prácticas, rituales, pautas de socialización, manejo del tiempo espacio, en donde continuamente se expresan, bien con plenitud o mostrando alguna de sus facetas. Con todo, es en el discurso, en la manera en que se relata un acontecimiento, se cuenta una historia, en que se construye un punto de vista, que se puede encontrar una de las formas elaboradas en que la identidad se expresa y forma al mismo tiempo.

El discurso supone un lenguaje socialmente adquirido y practicado, un sistema de categorías, valoraciones y nominaciones, dentro de los cuales el individuo es capaz de interactuar con otros y formar un mundo de sentido compartido. En la medida en que el lenguaje supone interacción social es también una situación localizada en términos espaciales y sociales, lo que permite hablar de pragmática, pero también de contextos de socialización, valores y convenciones culturales.

Un lugar o localidad no se agota en la forma física, esta es parte de él como lo pueden ser otras dimensiones, tanto de uso como simbólicas. Podríamos pensar incluso que

el lugar no existe sin el elemento de la representación, la manera en que es construido por las prácticas y los discursos. Un tipo particular de discurso es la narrativa. En el análisis social se ha recuperado su capacidad para expresar elementos como la subjetividad, el punto de vista del actor, la temporalidad de las acciones humanas (o visión procesual) que desde una visión objetivista de las ciencias sociales han sido desdeñados (Rosaldo, 1991). El punto de vista y la experiencia del actor son cruciales en el uso de las narrativas como instrumento de análisis social ya que proporcionan un acceso directo al mundo de sentido en cual habita la persona. A diferencia de otros acercamientos a la oralidad en las ciencias sociales, el análisis narrativo no busca la “verdad de los hechos” sino acercarse en todo caso a la expresión más fidedigna de la experiencia personal y social.

El concepto de narrativa en el sentido amplio se ha utilizado para examinar recuentos de acontecimientos, interpretaciones y descripciones en cualquier nivel, elaborados por individuos, grupos o medios de comunicación, extendiendo así la idea de narrativa más allá del ámbito literario y volviéndola cercana a las ciencias sociales. Es así que se puede hablar de ‘la gran narrativa del capitalismo’ o de las ‘narrativas del temor’, ya que remiten a una estructuración de eventos guiada por un principio valorativo. Las modalidades de la narrativa no sólo se restringen al lenguaje textual o a la situación conversacional, también se puede apelar a materiales pictóricos, visuales, musicales. Diferentes lenguajes expresivos construyen modos de narrativa, lo mismo géneros que pueden mezclar estos lenguajes.

La elaboración de una narrativa es la puesta en práctica no sólo de una visión del mundo particular, sino de la ubicación desde la cual este mundo es descrito. En este sentido dentro de las historias que existen en las narrativas no sólo se cuenta algo que atañe al mundo exterior, sino que también el mismo narrador se construye a sí mismo dentro de la historia que elabora. Posee un punto de vista, se sitúa con respecto a la acción, las acciones usualmente informan sobre su ubicación, al contar quiénes son los otros tiene que afirmar quién es él. Producen identidad al ubicar a los participantes de la narración, sus actos y motivaciones, al tiempo que también el narrador adquiere un perfil distintivo.

También se puede pensar a la narrativa como producto de la interacción “La producción interactiva de la narración mantiene y transforma a personas y relaciones. Lo que pensamos de nosotros mismos y de los demás está influido por el contenido del

mensaje de los relatos narrados en conjunto y por la experiencia de trabajar juntos para construir una narración coherente” (Ochs, 2000, p.272). Al mismo tiempo, esta situación de interacción revela que las narrativas son “socialmente significativas” ya que hacen que lo experiencial pueda ser comprendido por un otro a través de una suerte de traducción de la experiencia personal e íntima a formas expresivas socialmente compartidas (Lindón, 1999).

Un tópico reflexionado en referencia a las narrativas del yo es el de la estructura a la que se recurre para generar un sentido y, precisamente, para que los eventos que se presentan a través de ellas sean pensados como narrativas. El psicólogo social norteamericano K. Gergen (1997) propone un conjunto de características de las narrativas pensadas como producción cultural y no sólo como un conjunto de elecciones individuales. Por un lado, se establece un final valorado socialmente. En este caso se hace referencia al sentido de la historia: la finalidad de lo contado, el evento que se expondrá, un estado que será alcanzado o evitado. Otro aspecto es la selección de eventos relevantes para el final de la historia. Ya que se estableció la finalidad de la historia eso inicia un proceso de selección de eventos, no todo puede ser contado, y aquello que se integra a la narración adquiere un sentido en función de su finalidad. Hay entonces una suerte de compromiso adquirido por parte del narrador para que lo narrado sea significativo. Un tercer punto tiene que ver con el ordenamiento de elementos en la narración. Usualmente en nuestra cultura la forma más relevante de ordenación es la secuencia lineal, se comienza de un punto en el tiempo y de ahí los acontecimientos siguen una ordenación hacia adelante, sin rompimientos, sin vuelta hacia atrás o mirar hacia el final para volver al presente narrativo.

Otra propuesta sobre la estructura inherente a una narrativa se puede encontrar en Labov (1972), propone que son necesarios los siguientes elementos: un resumen (síntesis de la sustancia de la narrativa); orientación (tiempo, lugar, participantes); una acción que se complica (secuencia de eventos); evaluación (significado de la acción, actitud del narrador); resolución (lo que ocurre finalmente); y una coda (se vuelve la perspectiva al presente). Esto se presenta en las narrativas mejor formadas, pueden existir narrativas fragmentarias en donde algún elemento esté ausente.

Una última visión sobre los requerimientos mínimos para que una historia sea considerada como narrativa es planteada Ruth Finnegan (1998). En esta óptica de análisis las propiedades claves de una historia son: primero, un marco temporal o secuencial;

segundo, algún elemento de explicación o coherencia; tercero, algún potencial para la generalización; y finalmente, la existencia de convenciones genéricas reconocidas, que varían entre diferentes contadores de historias, que las vinculan con el marco esperado, protagonistas y modos de expresión. Es de particular utilidad el reconocimiento del segundo elemento señalado por la autora, es decir, la existencia de una trama, que puede ser evidente en sí misma, o bien esta trama puede tomar la forma de algún elemento evaluativo subyacente. Esto convoca a un orden moral unificador para aquellos que comparten ese punto de vista y es parte de un importante principio de comprensión. La narrativa, entonces, puede también abordarse como un punto de vista que puede estar presente de manera subyacente a todo un discurso: construye el narrador y su posición dentro de lo narrado. Este conjunto de elementos permite reconocer una narrativa bien estructurada, una historia que sigue las convenciones culturales sobre qué es necesario hacer para conseguir un efecto de coherencia y de ahí una comprensión sobre lo dicho.

Un elemento inherente a la narrativa lo es su ubicación en un plano temporal. Contar acontecimientos supone que estos de alguna manera ya ocurrieron total o parcialmente, o bien que se les espera en algún futuro. El distanciamiento frente a los eventos supone predominantemente sea su reconstrucción o su anticipación, en todo ello hay una decantación de puntos de vista que los organiza y los hace comunicables. Otra dimensión del tiempo es la que ocurre al interior del relato, ya que en el se describe la transición temporal de un estado de cosas a otro, hay una acción que usualmente requiere de eventos sucesivos. Una forma más en que el tiempo y narración se tocan es en relación al carácter temporal de la existencia humana: “el tiempo se hace humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal” (Ricoeur, 1995, p.113).

Es también relevante plantear respecto a la construcción de narrativas el tema de la interpretación. En efecto, la elección, sea pensada o ejercida como *habitus*, de una estructura narrativa supone ya un principio de interpretación de aquello que será objeto de la narración. El *¿qué pasó?* está anticipado en la estructura narrativa elegida, es decir, en la manera misma de contar *cómo pasó*. Así es la interpretación, no tanto como la descripción, lo que está en juego en la narración. El análisis de narrativas requiere igualmente elaborar la interpretación (del analista) sobre la interpretación previa del productor del discurso. Este

enfoque está emparentado con el propuesto por C. Geertz (1990) en relación al análisis cultural, en el sentido de que lo realizado por la antropología son interpretaciones de segundo o tercer orden (pensar pensamientos).

Las narrativas no sólo tienen que ver con las versiones que sobre su vida cotidiana o eventos de excepción realizan personas comunes o con obras literarias. En un sugerente análisis R. Finnegan (1998) propone que igualmente la teoría urbana puede ser analizada como una narrativa, ya que da una visión sobre el desarrollo de las ciudades a través del tiempo en donde importa el rompimiento con el pasado que da lugar al cambio y al desarrollo. La trama de las historias académicas puede ser variada, ir de la felicidad a la infelicidad, de la libertad a la opresión. En fin, cualquiera que sea su abordaje existe un elemento explicativo subyacente a ellas.

En las páginas previas se han trazado las líneas temáticas que guían este trabajo, quisiera ahora volver a ellas con el propósito de expresar cuál ha sido el proceso de construcción del objeto de este estudio.

La noción de lugar es relevante en la medida en que permite entender múltiples dimensiones de la vida social. No se trata sólo de reconocer al lugar como un territorio que sólo posee límites y dimensiones físicas, lo que sería una mirada a su arquitectura y diseño, sino reconocer que este es producto de una construcción social. En esta construcción social entran en juego elementos como las prácticas (lo que se hace), los discursos (lo que se dice), las representaciones (las imágenes de lo deseable y lo imaginado que subyacen a las prácticas y discursos).

Con todo, el papel del lugar o localidad en la sociedad contemporánea se ha transformado radicalmente en las últimas décadas. De aquí entonces que pueda ser importante preguntarse por aquellos factores que intervienen en la experiencia y producción del lugar contemporáneo. Uno de estos elementos es la vivencia del espacio urbano. En la medida que las metrópolis contemporáneas congregan innumerables espacios eso las hace observatorios privilegiados para analizar no sólo su dinámica interna (cómo se elaboran estas prácticas frente al espacio, los tipos de espacios posibles y disponibles), sino también cómo ellas a su vez se encuentran inmersas en una red de relaciones de orden global. Esto plantea el tema de qué dimensiones existentes en el lugar son propias de él mismo, y cuáles pueden estar enraizadas en una dinámica metropolitana y supranacional.

La valoración del lugar pasa entonces por el tema de la identidad. Aquí el tema de la identidad adquiere una doble dimensión, tanto la del lugar como elemento factible de ser reconocido a partir de sus dimensiones física, arquitectónicas, de diseño, frente a otros espacios de diversa escala; y la dimensión social, de qué manera sus habitantes se reconocen en él y elaboran límites y fronteras simbólicas para generar nuevos mapas del territorio.

Las narrativas permitirán recuperar el sentido del lugar, por fragmentario o unitario que este pueda ser, ya que al momento que se convocan experiencias, recuerdos e historias se hace desde una ubicación precisa en el lugar.

Capítulo 3. Propuesta de investigación y primeros desarrollos.

A partir de lo desarrollado en los capítulos previos la presente propuesta de investigación busca desarrollarse dentro del ámbito de la antropología urbana, poniendo el énfasis en procesos de construcción de identidades referidos al ámbito local, y de ahí explorar las otredades pertinentes en esta elaboración simbólica, como una forma de indagar sobre la construcción del sentido del lugar. Igualmente se buscaría realizar una aproximación metodológica múltiple en donde participen la elaboración de etnografías, la recopilación de datos cuantitativos y de manera relevante, la generación de narrativas sobre el lugar por parte de los habitantes de las localidades.

Como punto de partida se busca “localizar” la investigación en ámbitos de vida de formación relativamente reciente, aunque con diferentes temporalidades. Esto con el objetivo de analizar cómo se forman referentes sociales y urbanos en entornos donde la memoria del asentamiento ha sido formada principalmente desde los habitantes y con escasa intervención de instituciones o “herencias” del pasado.

Como una primera propuesta a discutir y a pensar los objetivos del trabajo serían los siguientes:

- 1) Analizar el surgimiento de identidades, sociales y del lugar, en asentamientos con características urbanas y sociodemográficas diferentes, a partir de contrastar niveles de consolidación urbana alta y baja. En este caso se propone realizar el trabajo en el Municipio de Nezahualcóyotl y Valle de Chalco, en ambos casos se partirá del análisis en colonias céntricas, de ahí se dibujarían límites y contactos con el entorno.

- 2) Analizar y conocer, para cada municipio, cuáles son los lugares que son depositarios de referentes simbólicos con carácter amplio y consensuado (identidad del lugar) a través de diferentes grupos sociodemográficos. Examinar las características de estos lugares.

- 3) Conocer la relación entre la identidad del lugar con la identidad social (rasgos, adscripciones, categorías) de los habitantes.

4) Realizar un ejercicio en donde el lugar habitado (sea el municipio de Nezahualcóyotl o Valle de Chalco) sea contrastado, a partir de entrevistas colectivas con fotografías, con otro lugar con las mismas características originales pero diversa consolidación. Se trata en este caso de preguntar en Nezahualcóyotl que es lo compartido y lo que distingue de Valle de Chalco, y viceversa, para así jugar con la dimensión temporal del lugar (un lugar puede ser espejo del otro).

5) Buscar un último contraste, ahora del lugar habitado frente a aquellos referentes de lo urbano en un sentido amplio (¿el lugar habitado es o no ciudad, en qué radican las semejanzas y/o diferencias?).

6) Desde las narrativas sobre el lugar se indagaría sobre los procesos sociales de construcción de referentes, sus límites y dimensiones, lo mismo que los tipos de tramas o temas a las que estas se adscribe. Esto daría una idea sobre como se reconstruye el lugar.

Estas serían las preocupaciones principales, aún por sistematizar y argumentar como objeto de investigación.

3.1. El lugar abordado desde los puntos de referencia y los contactos cotidianos.

En esta sección se presenta un texto elaborado a partir de la realización de una encuesta y observación en las localidades en que se busca desarrollar el proyecto. Traza algunas de las preocupaciones respecto a la formación de referentes de identidad del lugar y socialidad cotidiana.

Identidad y vida cotidiana en dos contextos municipales de la ciudad de México.

Se buscó llevar a cabo un análisis exploratorio sobre las características de la identidad social urbana en dos contextos urbanísticos diferentes. Para conocer qué rasgos del entorno físico y social podrían resultar importantes en la generación de una identidad social urbana se aplicó un cuestionario que cubría

las siguientes áreas: definición del asentamiento en términos urbanos y sociales (límites, lugares relevantes, preferencias) uso del espacio (lugares recorridos, motivos e intensidad de uso), evaluación de la vida comunitaria (semejanza o diferencia percibida con respecto a vecinos) y participación social (pertenencia a organizaciones y evaluación de ellas). Este cuestionario fue aplicado por otros grupos de investigación dentro del proyecto sobre Ciudad, identidad y sustentabilidad.

El proceso de recolección de información fue semejante en las dos comunidades seleccionadas: aplicación de 100 cuestionarios en cada una de ellas en una muestra estratificada a partir de datos censales. También se realizaron entrevistas con informantes claves, observación en lugares socialmente significativos (mercados, plazas, áreas comerciales) y recorridos en la zona para recabar información sobre la estructura y equipamiento urbano.

La estrategia de análisis de la información busca resaltar las coincidencias y discrepancias entre comunidades y dentro de ellas, acentuando las implicaciones a nivel de discurso de las respuestas obtenidas.

- Acercamiento a los lugares de estudio.

Un primer municipio es el de Nezahualcoyotl, ubicado al oriente del Distrito Federal. Es un municipio que se forma en 1970 con una población original de cerca de 600,00 habitantes. En las últimas tres décadas ha experimentado un proceso de fuerte crecimiento poblacional y consolidación urbana, hasta llegar al presente a contar con 1,224,000 habitantes (INEGI, 1996) y tiene actualmente una amplia cobertura de servicios urbanos como agua potable, alcantarillado, luz eléctrica. Su población es predominantemente de bajos ingresos y la vivienda es mayoritariamente propia. El 80% de la población trabaja fuera del municipio (García Luna, 1992). Corresponde al tipo A de asentamiento en la tipología propuesta en el proyecto de investigación colectivo: asentamientos ya consolidados con una

identidad social y una identidad de lugar establecida y reconocida por el resto de la comunidad.

El otro municipio en el que se recolectó información se eligió a partir de su crecimiento vertiginoso en las dos últimas décadas, se trata del recién creado (en 1994) municipio Valle de Chalco-Solidaridad, ubicado igualmente al oriente del Distrito Federal. Este municipio ha sido relevante a nivel nacional ya que fue ahí en donde se puso en marcha el Programa Nacional de Solidaridad, que fue el medio a través del cual se instrumentó la política social del gobierno del presidente Salinas de Gortari (1989-1995). Cuenta con la actualidad con 286,000 habitantes (INEGI,1996). Para 1990 el 50% de la población eran inmigrantes originarios del Distrito Federal y la mayor parte de su población (el 87%) ha sido clasificada como perteneciente a un nivel de ingreso bajo. Se corresponde al tipo B de asentamientos para el estudio: asentamientos nuevos, recientes o en proceso de creación; no planificados o planificados con un bajo nivel de ejecución, sin un tratamiento urbanístico característico ni monumental.

En ambos casos la recolección de información se llevó a cabo en las áreas o colonias centrales del municipio con el propósito de mantener características comunes en los casos de comparación, e igualmente conocer cómo la concentración de equipamientos y servicios en las áreas centrales es considerada al momento de establecer una identidad del lugar.

Para desarrollar esta investigación se eligieron dos municipios conurbados a la ciudad de México que poseen diferente grado de consolidación urbana. En diferentes apartados del artículo describirán características precisas de ambos municipios, sin embargo para comenzar se pueden señalar algunos datos básicos.

2. Lugares transitados, gustados y problematizados.

Lugares representativos y transitados. A partir de la investigación ya clásica de K. Lynch (1984) sobre la imagen de la ciudad se admite que un elemento relevante en la sintaxis urbana

es la existencia de puntos de referencia (landmarks) que permiten la identificación de lugares y la orientación en el espacio. En este sentido indagar sobre lugares representativos de los asentamientos permite obtener elementos para entender la configuración simbólica del espacio habitado, ¿qué es lo reconocible? ¿en dónde se condensa lo experimentado propio? ¿Qué es aquello que no se nombra?

En ambos asentamientos el lugar reconocido en primera instancia como representativo fue el Palacio Municipal. Se trata de espacios "duros" (hard) en el sentido de que cuentan con amplias explanadas para eventos oficiales y recreativos; su construcción es de dos pisos y albergan oficinas en dónde se realizan trámites relacionados con la gestión de servicios públicos. Como segundo lugar en importancia en el asentamiento de tipo A (Nezahualcōyotl) se mencionaron un conjunto de equipamientos recreativos y comerciales (parques, un centro comercial, una gran tienda de autoservicio, canchas para jugar fútbol, y alguna dischoteque). Se trata de espacios de escala diversa que se encuentran en el perímetro de la colonia y que tienen cada uno de ellos un porcentaje relativamente bajo de menciones (del 3 al 8%). Son lugares de uso circunscrito a segmentos particulares de la población, hombres y mujeres jóvenes, amas de casa, estudiantes. Un elemento con un porcentaje menor de menciones (el 11%) fue el estadio deportivo con capacidad para 35,000 personas, resalta este lugar ya que a pesar de su carácter visible y reconocido fue relativamente poco mencionado. A juzgar por la dispersión en el patrón de respuesta se pueden señalar dos tendencias: al ser este un asentamiento consolidado existe una amplia diversificación en el uso del suelo, ya que no todo es vivienda, de aquí que exista una oferta de actividades relativamente amplia, pero diferenciada por tipos de usuarios. Una segunda tendencia consiste en reconocer que hay un "centro" simbólico generado a partir del Palacio Municipal en el que se conjunta tanto el carácter de espacio de usos múltiples de la

explanada, como el hecho de que es, y ha sido, un lugar obligado para la realización de trámites y gestión de servicios.

En el asentamiento tipo B (Valle de Chalco) además de mencionar el Palacio Municipal, también se mencionó a la iglesia conocida como *La Catedral*. Esta referencia es importante ya que en 1989 el Papa Juan Pablo II ofició una misa en el terreno que ocupa ahora la Catedral. Esto tuvo un valor simbólico fundacional en múltiples sentidos: por un lado, concentró la atención del país en una de las zonas urbanas con más carencias sociales y económicas, atención que permitió que el mencionado programa del PRONASOL pudiera comenzar en una zona definida ya como de aguda pobreza, y, por otra parte, se realizó una integración explícita y poderosa de este asentamiento al mundo de los valores y símbolos católicos. Resulta interesante señalar que la arquitectura de la catedral es relevante ya que tiene la misma intención de diseño que la Basílica de Guadalupe, ubicada en el norte de la Ciudad de México. La importancia de este lugar está en su nombre: catedral.

Otro lugar señalado como relevante es un Centro Deportivo de nueva creación, que lleva el nombre de Luis Donald Colosio, candidato presidencial del partido oficial asesinado mientras realizaba su campaña política. Este lugar ha resultado importante en la medida que ha funcionado como lugar de reunión que permite el establecimiento de redes de socialidad entre jóvenes y familias (Ver Fabian, 1996). Por otro lado, llama la atención la referencia al Hospital como un lugar representativo, como si en un contexto de escasez de puntos de referencia urbanos sólo lo monumental y lo necesario fuera visto como importante, sin que existieran elementos intermedios a nivel de equipamiento recreativo público o privado, tal y como ocurre en el asentamiento anterior.

Por lo que toca a los lugares más frecuentados, en el asentamiento tipo A es el equipamiento comercial (21%), el más relevante. Le siguen en importancia el Palacio Municipal (16%) y el equipamiento recreativo público (14%). Llama la atención el porcentaje de personas que afirman no frecuentar ningún lugar en particular (15%), como si los lugares por los que transitan en la

colonia no fueran dignos de ser mencionados, casi invisibles. Igualmente es de notar el porcentaje de lugares empleados para fines instrumentales (compras, trámites). En el asentamiento tipo B la concentración de lugares frecuentados es mayor, son prácticamente cuatro de ellos los que abarcan las tres cuartas partes de menciones y señala la falta de desarrollo urbano de la colonia . El deportivo es el primero en importancia (24%), seguido por el Palacio Municipal (19%), el equipamiento comercial (16%) y la catedral (14%).

Algo que llamó la atención es que al realizar recorridos de observación se encontraron lugares en ambos asentamientos que para la mirada del investigadores resultaron significativos y emblemáticos: mercados al aire libre, pequeñas áreas verdes. Lugares en que se desarrollaban distintas actividades y usualmente con gente en ellos. Sin embargo, ninguno de estos espacios fue mencionado por los entrevistados. ¿Por qué?. Una primera respuesta es que probablemente esto se deba a la estrategia de investigación seguida, empleo de cuestionarios y guía de entrevista estructurada, que produjo el efecto de concentrar la atención del entrevistado en lugares establecidos y públicamente visibles. El mercado al aire libre (tianguis) al no poseer una estructura estable, dado que ocupa la calle y sólo está ahí dos días por semana, era ubicado en un orden espacial distinto al del resto de los lugares que mencionaron. Con todo, emerge un tema que merece explorarse con mayor amplitud que es el de la experiencia del lugar y su vinculo con el lenguaje. Esto plantea la necesidad de diseñar estrategias de investigación que no sólo proporcionen descripciones sobre trayectos y puntos de referencia, sino también recuperen evocaciones y significados personales gestados en el tránsito o la permanencia por los lugares.

LUGARES REPRESENTATIVOS Y FRECUENTADOS

Asentamiento tipo A	Asentamiento tipo B
Representativo: Palacio Municipal, equipamiento	Representativo: Palacio Municipal, Catedral,

comercial, estadio de fútbol.	Deportivo, Hospital
Frecuentado: Equipamiento comercial, Palacio Municipal, equipamiento recreativo, ninguno.	Frecuentado: Deportivo, Palacio Municipal, equipamiento comercial, catedral.
Pauta de Análisis : Es relevante lo monumental, los lugares de menor escala están fragmentados por tipos de uso y usuarios. Uso instrumental del espacio. Mayor desarrollo urbano (equipamiento y servicios) menor apego al lugar	Pauta de análisis: Los lugares relevantes son fundacionales. Lugares con visibilidad social desde el exterior, que han definido el carácter del asentamiento (pobreza). En un contexto de carencia los escasos elementos urbanos toman un alto valor simbólico. Existe una intersección de valores religiosos y políticos en los espacios relevantes y usados.

Valoración de la colonia. Indagar cómo estos lugares representativos y frecuentados se relacionan con las preferencias ambientales de los habitantes de las colonias es importante ya que da elementos para acercarse al vínculo entre espacio físico y su valoración cotidiana . Lo primero que llama la atención en ambos casos es la ausencia de referencias al entorno físico al responder a la pregunta ¿Qué es lo que más le gusta de su colonia? La respuestas son ampliamente reveladoras de las prioridades y, a su vez, de las carencias en los asentamientos. En el asentamiento tipo A lo que se privilegia es el ambiente 16% (tranquilidad, atmósfera), los servicios (12%), todo (10%), nada (9%) y otros (15%). En el asentamiento tipo B hay una mayor concentración de elementos, en primer lugar aparece el tema de la tranquilidad

(42%), seguido por los servicios, la opción de otros y nada, todos ellos con el 11% de las opiniones.

Al considerar aquello que se define como los problemas existentes en la colonia aparecen elementos interesantes. Por un lado en ambos asentamientos se menciona como problema principal, por dos terceras partes de las personas, la inseguridad y la violencia. En segundo lugar se menciona lo referido a los servicios públicos. En el asentamiento tipo A hay quejas por su funcionamiento irregular (agua, luz, drenaje), en el tipo B se señala la falta de pavimentación y el insuficiente alumbrado público. El tipo de problemas derivados de un proceso desigual de urbanización aparecen aquí claramente evidenciados.

Con todo, contrastando lo que más gusta con la pregunta sobre los problemas en la colonia emerge una aparente contradicción, a saber, si lo que más gusta es la tranquilidad y la atmósfera de la colonia, cómo relacionarlo con la identificación de la inseguridad como uno de los problemas más importantes. Aquí el tema no es sólo el de la contradicción entre puntos de vista sino el de la coexistencia de discursos o formas paralelas de experimentar el lugar. ¿Qué significa la idea de tranquilidad? En una primera interpretación se puede suponer que muy probablemente atañe a una dimensión que contrasta favorable el propio asentamiento con una experiencia negativa de la vida urbana: al tráfico y al movimiento rápido de lo ya urbanizado se le opone la calma de la vida en la colonia, una dimensión casi rural y no conflictiva.

Otra interpretación respecto al mismo tema tendería a señalar tranquilidad como una noción que además de marcar una distancia con la idea de ciudad (y por tanto no se está en **la** ciudad) se genera en el contraste entre la vida al interior de la vivienda y el afuera. Así, la idea de lo tranquilo no sólo es una expresión de las preferencias, sino también una relativización de la importancia concedida al ámbito residencial: probablemente lo que está en el centro de la experiencia del lugar es la vivienda, y de ahí que el entorno pase a un segundo plano (ver Lindón, 1999). De aquí que para el habitante se dibuje una suerte de plano

imaginario en donde adentro existe la tranquilidad y afuera la inseguridad, quedaría por averiguar en donde se ubican los límites de cada dimensión.

Otro elemento relevante en este apartado es el hecho de que ninguno de los elementos señalados como significativo en la colonia es mencionado al responder a la pregunta sobre lo qué más gusta de ella. Los elementos significativos pertenecen a una dimensión física y lo valorado positivamente está cercano a la dimensión de calidad de vida (tranquilidad, servicios). Así, se podría hablar de la existencia de una mirada colectivamente generada sobre el entorno tomando como referencia los espacios públicos, y otra a partir de preferencias personales; lo notable en este caso es la ausencia de relación explícita entre ambas que probablemente se vincule con la dimensión público-privado.

VALORACION DE LA COLONIA

Asentamiento tipo A	Asentamiento tipo B
Lo gustado: tranquilidad, servicios, todo, nada.	Lo gustado: tranquilidad, servicios, nada.
Problemas: Inseguridad-violencia, servicios públicos irregulares.	Problemas : Inseguridad-Violencia. Ausencia de servicios públicos.
Pauta de Análisis : Contradicción entre los gustado y los problemas. Falta de continuidad entre lugares significativos y lo gustado en la colonia.	Pauta de análisis: Contradicción entre lo gustado y los problemas. Falta de continuidad entre lugares significativos y lo gustado en la colonia. Mayor intensidad de esta tendencia en relación con el asentamiento tipo A.

3. Diferencias, historia y futuro.

Mientras que la indagación sobre lugares representativos permitía entender la diferenciación de espacios al interior del

asentamiento (lo distintivo vs. lo común), al preguntar sobre las diferencias de la propia colonia frente a otras se busca una comparación entre asentamientos, cualesquiera que estos sean, para así tener una visión sobre los rasgos que generan una identidad del lugar en el propio asentamiento.

Diferencias. En el asentamiento más consolidado llama fuertemente la atención que un poco menos de la mitad (42%) de las personas respondan que todo en su colonia es igual a otras colonias. Cuando se mencionan rasgos distintivos estos son: la mayor dotación de servicios y equipamientos (16%), y, de nueva cuenta, que la colonia es más tranquila (8%). En el otro asentamiento una tercera parte de las personas menciona que todo es igual, y con menor importancia se afirma la existencia de más servicios y equipamiento, de pavimentación, o bien su ausencia en ciertas áreas.

Es interesante la afirmación de que en el asentamiento de residencia todo es igual que en otras partes o, puesto en otros términos, que lo distintivo es la ausencia de distintividad. Esto puede interpretarse desde varios ángulos, por un lado la semejanza con una idea de lo urbano genérico - servicios, equipamiento, vialidades- puede ser experimentada como un logro, dada la historia relativamente reciente de la formación de los asentamientos (para el caso A 35 años, en el caso B los últimos 12 años). Por otra parte, también se podría argumentar, particularmente en el caso B, que la afirmación de la semejanza es también una forma de no reconocer ante el extraño (el investigador-entrevistador en este caso) que las carencias cotidianas y la pobreza en el diseño urbano, son una característica particular del asentamiento. Cuando estas características han sido señaladas desde programas sociales gubernamentales, afirmar la semejanza puede verse como un rechazo a la definición que se le ha conferido desde afuera al asentamiento; en suma, rechazar una identidad cargada de valores negativos. Para ambos asentamientos lo relevante, con diferente

intensidad, es la idea de una identidad del lugar fundada en la semejanza y no en la diferencia.

Los argumentos que señalan la distintividad en función de más servicios y equipamiento señalan una comparación con otros espacios urbanos contiguos y, de manera importante, una comparación del asentamiento consigo mismo a través del tiempo. Así, la diferencia se construye en torno a las transformaciones favorables del entorno, esta interpretación se ve reforzada al considerar la visión del pasado, historia, en la siguiente sección.

Historia. La mirada hacia el pasado de los asentamientos, a partir de preguntar sobre los principales acontecimientos históricos que han ocurrido ahí, da cuenta sobre cómo se ha construido o no la noción de distintividad. Por un lado, en el asentamiento tipo A, ahí en donde es importante la visión de que no hay nada de particular, se afirmó, en un 42% de los casos, que no ha ocurrido nada digno de ser llamado historia, y en un 31% de los casos se habló del acceso a los servicios como lo más relevante. En el otro asentamiento lo más significativo ha sido la visita del Papa y personajes importantes (35%), seguido por el acceso a servicios urbanos, y la construcción de hospitales, escuelas y La Catedral. Un porcentaje relativamente alto de personas (15%) señaló que nada relevante ha ocurrido. Los eventos registrados en el segundo asentamiento ponen de manifiesto un tema ya comentado, la fundación simbólica del asentamiento desde la intervención de agentes externos, el Papa y el programa de política social, así su historia local se ha construido desde el vínculo, en condiciones desiguales -dado los programas asistenciales - con agentes externos.

Futuro. En ambas comunidades el futuro es visto en términos generales como mejor (40 y 36%, respectivamente). En el asentamiento consolidado también fue importante la visión de que todo será igual (20%). En el asentamiento en proceso de conformación se señaló la existencia de más cantidad y calidad servicios (22%) y la afirmación de que se ignora (20%). Respecto

a la pregunta de cómo le gustaría que fuera, no existe una visión predominante. En el primer caso llama la atención el número de referencias a que se tenga más vigilancia, y en el segundo asentamiento, a que se cuente con todos los servicios.

La manera en que la temporalidad local es reseñada refleja elementos que sintetizan las tendencias marcadas en las secciones previas: por un lado, en el asentamiento en el que se plantea con mayor intensidad su semejanza frente a otros, la referencia a hechos históricos locales es escasa, en el asentamiento con una historia más reciente el énfasis está puesto en aquellos elementos que apuntalan su consolidación urbana. Parecería entonces que, en esta escala de análisis, a mayor consolidación urbana y tiempo de existencia del asentamiento es menor la relevancia de eventos del pasado.

4. Uso del espacio, vecinos y organización.

El establecimiento de formas de socialidad entre habitantes del asentamiento supone compartir un tiempo y un espacio común. La información sobre el tiempo que se está en la colonia el fin de semana y entre semana es relevante para entender cuál es la base temporal sobre la que se estructuran las relaciones de vecinazgo. Así, en ambos asentamientos predomina el estar en la colonia entre semana (73% en promedio para ambos casos) y en fin de semana (87%). Se trata, entonces, de asentamientos relativamente autosuficientes en términos de empleo, servicios y comercio.

Sin embargo, en donde si se presenta una diferencia visible es en cuanto la percepción de la homogeneidad o heterogeneidad de los habitantes de los asentamientos. En el asentamiento consolidado se tiene que en una escala de 1 (semejante) a 6 (diferente) el promedio fue de 3.8 y en el segundo tipo de colonia de 4.4. Es decir, en el asentamiento consolidado se percibe a los demás residentes como semejantes al entrevistado, en el segundo asentamiento se percibe una mayor distancia con ellos.

Resulta entonces interesante constar que a pesar de que el tiempo que se pasa en la colonia es semejante en la semana y fin de semana, en un caso se perciba mayor homogeneidad que en el otro. Esto se puede atribuir al tiempo de residir en el asentamiento, tiempo que ha permitido crear redes sociales de intercambio de bienes y servicios entre vecinos. Las tendencias que se manifiestan en esta pregunta se mantendrán y ampliarán al tratar el tema de las relaciones de vecindad.

La vida social de las personas entrevistadas gira principalmente en torno a la familia (43% de respuestas en ambos casos), los amigos y los vecinos (con mayor importancia en el asentamiento A). Con todo, al calificar la relación con los vecinos, con las opciones de mínimo contacto o máximo contacto, está es evaluada en ambos casos hacia el polo de mínimo contacto (en una escala de 1 -mínimo- a 6 -máximo- se tiene un promedio de 3.7 en el asentamiento tipo A y de 3.0 en el asentamiento tipo B). De manera paradójica al interrogar sobre la participación en acciones para mejorar la colonia un 29% de las personas en el asentamiento tipo A , y un 58% en el tipo B que si. La participación es principalmente en torno a problemas urbanos. Esta información plantea el tema de cómo entender la cercanía con los vecinos y al mismo tiempo lejanía con las formas de participación colectiva (asentamiento A) y, al mismo tiempo, una lejanía con los vecinos pero una experiencia de trabajo en conjunto (asentamiento B).

En primera instancia se puede señalar que las relaciones sociales entre vecinos al interior de la colonia no son todas del mismo orden. Los contactos interpersonales con vecinos pueden ser constantes, amables, generar prestamos o pequeños favores, pero manteniendo el principio de la autonomía y el manejo de cierta distancia. Participar en una organización de cualquier índole supone una relación bajo otra normatividad que puede suponer jerarquías y responsabilidades, elementos que en el rol de vecino tienen poco peso o bien son muy flexibles, como la reciprocidad. Para otros investigadores que han realizado estudios en la zona B

esto plantea el dilema de cómo caracterizar el asentamiento, si a partir de redes solidarias o de individualidad productiva (Hiernaux, 1995).

Para entender el desencuentro entre la valoración de los vecinos y la participación en algún tipo de organización pensarse en la existencia de una fuerte diferenciación interna en las localidades (en ambas comunidades se caracterizó a la gente de la colonia como diferente). La idea de la diferencia es primordialmente una construcción socio-cultural, así enfatizar la diferencia redundaría en señalar la propia individualidad y la ausencia de rasgos comunes. Interesante sería indagar cuáles son los logros de mantener una identidad social de este tipo en un contexto urbano como el estudiado.

La forma en que se tratan los problemas, continuando con el discurso paralelo, es caracterizada principalmente como grupal en ambos casos (63%), individualmente (18.5 y 28%). En el asentamiento tipo A se menciona que no se tratan (17%), y en el tipo B que se trabajan en conjunto con el municipio (8%). Al preguntar sobre sus preferencias para orientar para la resolución de los problemas en ambos asentamientos se respondió considerando una forma de acción individual, esto con más intensidad en el asentamiento tipo A (72%), que en el tipo B (55%).

Conclusiones

Una conclusión que se puede derivar del presente avance es la escasa relevancia que tiene el espacio local en la formación de rasgos que puedan ser integrados en una identidad social urbana. La existencia de lugares reconocidos como emblemáticos o particulares en el asentamiento no es suficiente para formar una identidad social urbana, en todo caso se les puede considerar como puntos de referencia con un uso principalmente instrumental.

Por otro lado, una dimensión importante para analizar la generación de rasgos identitarios fue la evaluación de la vida social y la distintividad del asentamiento. En ambos casos esta dimensión permitió formular hipótesis sobre la valoración de un espacio local al tener como punto de referencia una noción

genérica de lo urbano. En este sentido es que se puede proponer la idea del desdibujamiento de lo local, ya que los rasgos que definen la identidad social urbana del asentamiento no se encuentran explícitamente en él mismo, surgen más bien en la comparación de las características atribuidas a otros asentamientos. Los rasgos que se expresan en esta comparación son contradictorios (por ejemplo, tranquilidad vs. inseguridad), esto puede dar cuenta del aspecto dinámico en la formación de las identidades sociales urbanas; no se trata de una construcción homogénea y coherente, sino de la confluencia de distintos rasgos que emergen situacionalmente.

La dimensión de lo público - privado resultó importante para analizar la manera en que es valorado el espacio local. La no coincidencia entre lugares mencionados como significativos en relación con los aspectos gustados en los asentamientos plantea la existencia de una jerarquía valorativa que tiene como eje el privilegiar las aspiraciones personales (privado) o bien los usos colectivos del espacio (público).

3.2. Narrativas del llegar

Del mismo modo que el texto anterior se presenta aquí otro avance de la investigación, en este caso relacionado con la generación de narrativas y posibles vías de análisis.

Probablemente uno de los municipios del Estado de México que ha sido objeto de mayor número de análisis y estudios en la última década lo haya sido el de Valle de Chalco. Los motivos de este interés son múltiples y tienen que ver con procesos como su rápido crecimiento demográfico, la manera particular de transformar un espacio ejidal en suelo urbano, todo esto en relación con la configuración de patrones emergentes de metropolización o urbanización periférica. Desde ópticas analíticas cercanas a la sociología y análisis cultural el municipio también ha resultado

significativo para elaborar preguntas sobre la conformación de modos de vida y generación de identidades sociales, habida cuenta de que se trata de un ámbito urbano en proceso constante de hacerse como espacio de vivienda, servicios y trabajo.

El presente texto se ubica en el interés por analizar procesos de construcción social del territorio en un entorno urbano en transformación. En particular el trabajo tiene dos ejes temáticos particulares, por un lado presentar elementos para abordar cómo se lleva a cabo la reconstrucción de lo local desde las narrativas de los habitantes del municipio, y por el otro, reflexionar sobre qué es lo local mirado desde la periferia urbana.

En el plano del análisis cultural los grandes movimientos de población y de producción simbólica (Hannerz, 1999) han generado en las últimas décadas procesos de transformación radical en la manera en que se concibe el espacio y tiempo social. Al hablar de globalización se pone el énfasis en los flujos y las conexiones, como una forma de entender las nuevas configuraciones de lo social como algo deslocalizado ya que el territorio no se asocia con el surgimiento de formas culturales que le sean propias o auténticas, en términos de continuidad temporal. Al poner el énfasis en las conexiones e interdependencias la idea de lo local suele pensarse como algo ya dado, que en su escala o resulta el producto de transformaciones sino de permanencias. Así, frente a la movilidad de lo macro social, lo local representa estabilidad, o bien frente a la innovación hay un aspecto de tradicionalismo, y así sucesivamente.

En este sentido una discusión interesante que se propone (Gupta y Ferguson, 1999) es de la indagar sobre las maneras en que se "hace un lugar" (place making) como una forma de escapar a los reduccionismos en que asignan rasgos identitarios de manera mecánica a partir del lugar habitado, sin considerar vínculos relacionales y de exclusión, lo mismo que procesos diferenciales de generación de socialidades y uso del espacio. En síntesis, se trata de pensar a lo local como un ámbito que posee una dinámica

de transformación en donde los procesos culturales que dan sentido a la vida colectiva no emergen por sí solos apelando a la tradición y la continuidad, son también espacios de negociaciones y tensiones.

Por otro lado, al ubicar el trabajo en la temática de las narrativas sobre el lugar se busca recuperar no sólo las experiencias de los habitantes, sino de manera particular, la manera en que estas toman una forma comunicable y ubicar las tramas argumentativas que les dan forma y sentido. Es decir, se propone implícitamente que el espacio habitado puede analizarse como producción discursiva y que habitar implica contar, narrar. Así, en la elaboración de lo local existe una dimensión que es la de su elaboración a partir de multiplicidad de historias que sobre, y en el espacio, se generan. Este conjunto de historias, algunas tangenciales, otras centrales, dan pauta a para comprender los límites y características del espacio habitado que pertenecen al dominio de la experiencia colectiva y que forman versiones del espacio distintas a los que se pueden realizar desde las informaciones censales o las delimitaciones políticas de municipios o colonias.

En el campo de las ciencias sociales el análisis de narrativas ha sido empleado para mostrar formas de cultura subalternas y rescatar de ahí su especificidad (Rosaldo, 1991), analizar la manera en que se construyen diversas imágenes nacionales en el contexto de la frontera norte de México, recuperar discursos sobre un entorno urbano, sus mitologías y puntos de referencia (Finnegan, 1998), o bien para entender los procesos de conformación de un yo o un sí mismo (Gergen, 1994). La premisa que subyace a estos análisis es que el mundo social posee una forma narrativa, es decir la forma de un relato, y al momento de contar un evento este es comprensible tanto para quien lo narra como para quien lo escucha a partir de estructuras y convenciones preexistentes. Del mismo modo, en la medida en que la conformación de una narrativa no sólo supone hacer referencia a acontecimientos sino su ordenación en el tiempo y su adscripción a un tipo

particular de género narrativo (de éxito, fracaso, estabilidad o ruptura, por citar algunas posibilidades)

Antes de realizar la exposición convendría hacer una nota metodológica sobre el proceso de investigación en campo. Los testimonios recopilados se recabaron en un periodo de seis meses, durante los cuáles se llevaron a cabo 10 entrevistas colectivas y 10 individuales. El guión de la indagaba sobre tópicos relacionados con la experiencia de llegar a habitar en el municipio, el proceso de construcción de la vivienda y el acceso a servicios, organización, relaciones sociales, uso del espacio local y perspectiva a futuro. Igualmente durante el trabajo de campo se realizaron diversos recorridos y observación sistemática en espacios significativos del municipio. Las narrativas se presentan de manera fragmentada, en una lectura "horizontal" en que se busca recurrencias y modulaciones temáticas en las diferentes entrevistas.

La exposición se centrará en lo que se denomina las narrativas del "llegar", como una forma de entender las dimensiones que entran en juego para apropiarse del territorio a partir de reconstruir su historia desde una óptica personal y colectiva.

Llegar.

Señalar características y cualidades del llegar. ¿Por qué es importante?. : Es el origen del territorio colectivo. Es el conocer a los otros y eventualmente concerse a sí mismo bajo otras circunstancias. Al llegar comienza el proceso de habitar y las historias del lugar que emparentan con las del narrador. Es ahí donde la persona se convierte en narrador del lugar.

La materia prima de este conjunto de relatos es el tiempo, en particular la reconstrucción del pasado. Se trata de narrativas de trayectorias de vida, en dónde no sólo se cuentan recorridos por el espacio metropolitano o regional, también se construye una dimensión temporal particular en donde los eventos tienen el orden de la sucesión.

A) Narrativas del esfuerzo (es bonito sufrir para merecer).

En esta vertiente el municipio se convierte en espacio conquistado a las adversidades. Por un lado se mencionan las difíciles condiciones de vida en el origen: polvo, acarrear los tambos de agua, viento, enfermedades del estómago o de la piel, atropellados en el Puente del Toro, inundaciones, plantas que no se dan y los estados anímicos asociados a esto, tristeza. Es patente la sensación de la inutilidad de lo que se pudiera hacer para evitarlo (limpiaba y al poco rato estaba sucio).

Los desplazamientos también son difíciles en términos de la persistencia de las carencias: falta de luz para caminar en la oscuridad (fuera de madrugada o en la noche) en el trayecto de o al trabajo, transporte que acercara a las personas a la vivienda, negativa de los taxis a entrar. La distancia, así, es vivida como dificultad, por ejemplo, dejar a los hijos en Nezahualcóyotl.

O en otro caso, frente a la necesidad de desplazarse al trabajo los hijos eran dejados en la escuela y posteriormente llegaban a casa a comer la comida ya hecha. "... el otro niño también se iba a la escuela solo, ora si que solos, siempre solos. Yo luego me pongo a acordarme y si me entra tristeza porque digo, no debió haber sido así, pero las necesidades me obligaron a hacerlo." (Mujer, 47 años. Adolfo).

Igualmente, el municipio es reseñado desde las estrategias puestas en juego para hacerse de un terreno. Vender una casa, la habitada en el D.F., comprar la vivienda actual en mensualidades y con el resto del dinero poner un negocio "para comenzar de nuevo". Esto muestra, en su pequeña dimensión, las estrategias familiares para acceder a una propiedad, y el conjunto de decisiones y cálculos que esto implica.

Del mismo modo, el hecho físico de llegar con una mudanza o traer materiales de construcción es un riesgo por lo irregular de las calles y la negativa de los transportistas a hacer el viaje.

En este tipo de narrativas al hacer una comparación entre pasado y presente el contraste se resuelve en términos de un

presente favorable o mejor. Es el caso de las inundaciones y ahora existencia de drenaje, falta de transporte y actualmente hay camiones, antes se rentaba y ahora se es dueño. Este es un relato progresivo, en donde el transcurso del tiempo y eventos llevan a un final que es el de la satisfacción, por provisional que pudiera ser con la vivienda y el entorno habitado. La consecuencia de este tipo de narrativas se sitúa en el "aunque nos ofrecieran un mejor lugar no nos iríamos de aquí", ya que a partir de las carencias iniciales lo que se tiene en el presente es visto como un logro y por lo tanto fuertemente apreciado. Igualmente, si las dificultades están en el pasado, el presente tendría que estar mejor: "no podría uno caminar, no había agua, no había luz ... pero como decimos ya estamos más mejor, ya tenemos luz, tenemos agua".

Con todo, hay también persistencias del pasado en el presente, elementos que forman parte de una suerte de metonimia del tiempo, como el salitre, que se le podría ver como el lago que vuelve. .

Hay una imbricación profunda entre temporalidad y configuración del espacio, como si el tiempo fuera algo que continuamente se está construyendo. Los relatos son los del tiempo puesto en actos, se comenzar con un cuartito en un terreno que se paga a plazos; o bien se vivía en un cuarto techado y ahí dormían todos, y se fincaba de manera esporádica, cada año que vuelve el padre que vive en Estados Unidos.

En este tiempo progresivo y lento, lo que está antes del pasado, es decir antes de llegar a Valle de Chalco, es contado como carencia, material y de calidad de vida, pero en otro nivel es la carencia de tiempo "no había nada de que vivir". Como si en este pasado el tiempo no tuviera sentido, y lo que se hace al migrar es abrir otro tiempo. Es así como el llegar es experimentado como empezar de nuevo, en donde el tiempo de vida en el relato no es acumulativo, más bien se desarrolla de manera discontinua.

De manera persistente este pasado es personal o familiar. Las dificultades son vividas desde una óptica personal, los pronombres empleados son recurrentemente el "yo" y el nosotros siempre referidos a la pareja o a la familia. Desde el esfuerzo el tiempo es empleado como recurso e instrumento de mejoramiento, prácticamente como si el tiempo fuera un capital familiar a invertir. Este empleo del tiempo es algo recurrente en múltiples casos de urbanización popular o peticionarios de vivienda (ver Duahu, E. 1998 y Villaviciencio, J., 2000)

Estas narrativas son predominantemente contadas por mujeres, como si se asumiera naturalmente que ellas son la memoria de la familia, su temporalidad y espacios. Voz femenina (Mientras el esposo tenga trabajo se puede vivir donde sea).

Lo femenino que reflexiona sobre su condición: el agua que salía por debajo del suelo, tirar los cuartos, "había veces que las mujeres teníamos que trabajar, por ejemplo, esa vez que a mí me tocó en la noche , yo decía !dejen que se inunde! y pues a esa hora de la noche pues a sacar el agua, no había privilegios de que tú por ser mujer quédate ahí, no". (Mujer 17 años).

En la reconstrucción masculina el lenguaje acentúa el enfrentar las carencias como prueba o rasgo positivo ("aquí pura gente entrona, trabajadora", "gente de lucha").

El patrimonio como resultado.

Regidor. Se trata ya en este caso de la aparición de otro lenguaje, el que define el origen como asentamiento irregular y crecimiento acelerado en un terreno sin servicios. Preocupación programática. Aquí no tenemos una identidad. Municipios irregulares e identidades irregulares.

B) Narrativas de la organización (nos fuimos relacionando en las penas).

Otra gran forma de dar estructura a la experiencia de colonizar el municipio tiene que ver con la organización para acceder a servicios y equipamientos urbanos. Un aspecto clave de

este tipo de narraciones es la perspectiva de un "nosotros" que trasciende los límites de lo familiar y al mismo tiempo es deslinde frente a "otros". Narrativa sin resolución única, la coda es el repliegue en la selectividad: vecinos que si sabemos convivir. Fundación y definición de pautas de sociabilidad.

La organización hace visible a la colonia: de la nada a las reuniones, de las reuniones a las decisiones sobre lo colectivo, áreas de servicio, postes de luz, transformadores, acceso a la corriente a través de polines, (Patricia). La organización se genera venciendo la resistencia, los recelos, las costumbres.

La dimensión de género aparece en este contexto, ya que, sin formar una narrativa dominante, el proceso de organización narrado por las mujeres, es principalmente el de la participaciones y las reuniones entre hombres, representantes de las colonias ("Si, nada más adentro, no sabía como era afuera"). Las mujeres aparecen como testigos de aquello que hacen los hombres. Se descansa en la formación de una socialidad principalmente masculina. En otros casos el cuidado de los hijos propicia la participación en el trabajo colectivo: un pequeño parque frente a la escuela, un Centro de Salud.

El tema de la organización, con su contacto recurrente con vecinos, que antes de serlo fueron extraños, pone también de manifiesto el tema del espacio sexuado, de lo permisible y lo prohibido.

La ausencia de participación. La gente dice si y luego no participa.

Hay mucha diferencia, la gente tiene diferentes costumbres (el pasado no vivido en común).

En otra experiencia de organización de vecinos narrada desde la experiencia masculina se reconstruye el proceso conflictivo de la compra de los terrenos a los ejidatarios, los amagos de despojo por parte de fraccionadores, y el reconocimiento de las carencias comunes. De ahí la formación de la organización con mesa directiva, comisiones, desplazamientos al municipio de Chalco, a Toluca, conversaciones con los ejidatarios para acceder a terrenos

para equipamientos colectivos. Igualmente dentro de la organización se decide el nombre de la colonia, que busca evocar las áreas boscosas del Estado de México: Avandaro. La historia tiene sus resultados resumidos en la enumeración "aquí en la colonia tenemos una primaria, una secundaria, tenemos el jardín de niños, el mercado, esta área de escuela que también se construyó...". La experiencia de organización para acceder a servicios urbanos también sedimentó la participación para la vigilancia de la colonia entre vecinos: se compraron lámparas, se organizaron rondines, y todo esto se cuenta también con un dejo de añoranza: "fue una cosa muy suave".

En esta narrativa el punto culminante es el de la formación de una comunidad de vecinos con los mismos intereses, existencia de confianza entre ellos, en una estructura con puestos de representación pero mayormente horizontal. La injerencia de partidos políticos, el corporativismo que esto supuso, quebrantó la armonía original. La comunidad inicial entonces se ve amenazada por líderes, facciones, o bien por el escepticismo ante todo esto que es el individualismo.

En la participación promovida por el PRONASOL hay que notar que, en la reconstrucción de los entrevistados, se da en primera instancia la organización colectiva que se individualiza posteriormente. Es el caso, por ejemplo del tendido de luz que es introducido por los habitantes a su vivienda, en el caso de las banquetas se da el material y posteriormente cada familia realizaba las guarniciones.

Participación no institucional. Cooperación entre vecinos de la misma calle para poner piedra. Sin embargo, esta experiencia es contada como antecedente de lo que vendrá, participación en la gestoría de servicios, en la seccional. Aquí el nosotros no invoca la horizontalidad, sino la voz del promotor, evocando una colectividad probablemente imaginaria. Un subtema aquí es ahora el de la incomprensión del gestor: la gente no quiere participar (.. yo trato de que no vivan así..). Más aún la perspectiva de quien narra se asume ahora desde el punto de vista del "gobierno", ya

que la ausencia de participación es vista como falta de interés de los habitantes. Y por el contrario, la existencia de servicios es vista como resultado del funcionamiento de este modelo de colaboración con el gobierno. La vida social en la colonia se contagia del mismo ánimo y es reseñada como de gente unida.

Organización a partir de grupos civiles: proyecto banda, pláticas, talleres. No es la relación de vecinazgo lo que los reúne, sino la preocupación por temas definidos como problemáticos, en este caso consumo de drogas. Es también el resultado de una voluntad de formar comunidad a partir de vincularse con personas del mismo grupo etario. Jóvenes trabajando para jóvenes. El lugar definido como aburrido, sin opciones. Más allá de la familia y la vivienda, no hay oportunidades para el deporte, la expresión cultural, educación.

Con todo la imagen de la vida social tiende a ser positiva, la gente se ayuda entre sí, son colaboradores. Hacer fiestas, colaborar, personas no maleadas ("el buen colono"). La noción de paisaje tranquilo también se extiende a los pobladores ("gente tranquila"). La participación entre vecinos se da de manera casi espontánea (una visión idílica de lo local).

C) Narrativas del vacío (No tenía nombre, no era colonia y no tenía nombre).

Un trasfondo recurrente en las narrativas que se han delineado es el de la experiencia de llegar y habitar un lugar en que no había nada. Esto es contado de múltiples maneras: casas separadas entre sí, un cuarto pequeño dentro de un paisaje inmenso, las inmensas distancias a caminar ante la falta de calles y transporte. La ausencia no lo es sólo en términos físicos, sino en términos de lo que es necesario para hacer un lugar habitable, sean servicios, equipamientos, atención gubernamental, es decir un entorno mínimamente urbano. Lo mismo con respecto a la manera en que se podría designar el lugar habitado ¿pueblo, ciudad, colonia?, la ausencia de los nombres de calles y colonias,

enfaticaba la sensación de falta de puntos de referencia para ubicarse en ese espacio.

Estas narrativas del vacío igualmente hacen uso y se concretan en imágenes recurrentes y poderosas: las telarañas de cables colgados de transformadores, las tolveneras que hacían el paisaje brevemente invisible, mirar de noche la colonia y no poder ver nada ya que no había luz eléctrica en las calles. Son recursos de la memoria colectiva para fijar en imágenes emblemáticas el pasado común.

Las historias de llegar y colonizar afirmando la ausencia original delinean un tipo de relato en donde, a partir del esfuerzo y la organización, el espacio se va llenando paulatinamente ¹. Sin embargo, este ir ocupando el espacio nunca es completo, hay deslindes frente a vecinos, rupturas en las organizaciones, carencias cotidianas. En todo caso, el sentido de hablar del vacío es precisamente para marcar de ahí líneas argumentativas que cuenten el municipio desde la lógica de la superación.

Otra vertiente que se podría delinear aquí, con carácter exploratorio, para analizar este tipo de narrativa es la del mito. Los mitos fundacionales (ver López Austin, 1998) explican el origen a partir de la existencia de otro tiempo y otro espacio que precede al de los hombres. De ahí ocurre un acto de creación en donde los objetos comienzan a adquirir un nombre y el espacio a ser poblado por cosas y personas. Sin pretender extrapolar las mitologías cosmogónicas al caso que nos ocupa, lo cual sería a todas luces excesivo, sí cabría señalar las recurrencias en la forma de elaborar los relatos. Hay una mitología local sobre el origen que sirve como punto de referencia compartido para evaluar el presente y que funciona como eje articulador sobre el que se elaboran otras narrativas más puntuales. Igualmente posee una función normativa en el sentido de propiciar una valoración

¹ Dicho en otros términos por Paul Ricoeur "El tiempo se hace humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en la condición de

positiva, aunque insatisfecha, del presente al marcar el punto de origen en el "no había nada".

Bibliografía

- Aguado, José Carlos y Portal, Mariana (1991) "Tiempo, espacio e identidad social", en *Alteridades*, Año 1, No. 2. , México, UAM-I.
- Aguilar, Miguel Ángel, Sevilla, Amparo (1996) *Estudios recientes sobre cultura urbana en México*, México, Plaza y Valdés.
- Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, Arjun (1997) *Modernity at large. Cultural dimensions of globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Augé, Marc (1993) *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- Betin, Giancarlo (1982), *Los sociólogos de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Borja, J., Castells, M. (1998), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1991) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Canter, David (1978) *Psicología del lugar*, México, Concepto.
- Castells, Manuel (1999) *La era de la información. Vol. II: El poder de la identidad*, México, S XXI.
- Cruces, Francisco (1997) "Desbordamientos. Cronotopía en el tardomoderno", *Versión No.7*, México, UAM-X
- Da Matta, Roberto (1994) *Casa, rua e outro mundo: o caso do Brasil*, Sao Paulo, Brasiliense.
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Barcelona, Anagrama.
- Devereux, Georges (1985) "L'Identité ethnique", en *Ethnopsychanalyse complémentaire*, Paris, Flammarion.
- Díaz, Rodrigo (1993) "Experiencias de la identidad" en *Revista Internacional de Filosofía Política*, No.2, Madrid, UNED/UAM-I.
- Dickey, Sara (1997) "La antropología y sus contribuciones al estudio de los medios de comunicación", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, No. 153 (www.unesco.org/issj).
- Duhau. Emilio (1998) *Hábitat popular y política urbana*, UAM-A/Porrúa, México

- Featherstone, Mike (1995) *Undoing culture. Globalization, postmodernism and identity*, London, Sage.
- Finnegan, Ruth (1998). *Tales of the city. A study of narrative and urban life*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Foster, George y Van Kemper, Robert (1980) “Anthropological fieldwork in cities”, en Gmelch, George y Zenner, Walter, *Urban life. Readings in urban anthropology*. Illinois, Waveland Press.
- García Canclini, Néstor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- García Canclini, Néstor (1997) Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, No. 153.
- García Canclini, Néstor (1999) “Capitales de la cultura y ciudades globales”, en *La globalización imaginada*, México, Paidós.
- Geertz, Clifford (1990) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gergen, Kenneth (1997) *Realities and relationships. Soundings in social construction*, Harvard University Press, Cambridge.
- Gergen, Kenneth, (1992) *El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós.
- Giddens, Anthony (1990) *The consequences of modernity*, Stanford, Stanford University Press.
- Giménez, Gilberto “Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural” (2000), en Rosales, Rocío (Coord.) *Globalización y regiones en México*, México, UNAM/Porrúa.
- Gmelch, George y Zenner, Walter (1980) *Urban life. Readings in urban anthropology*. Illinois, Waveland Press.
- Goffman, Erving (1978) *Stigma. Notes on the management of spoiled identity*, Middlesex, Penguin.
- Goffman, Erving (1989) *The presentation of self in everyday life*, Middlesex, Penguin.
- Gupta, Akhil y Ferguson, James (1997), “Culture, power and place: ethnography at the end of an era” en Gupta, A., Ferguson, J., *Culture, power and place. Explorations in critical anthropology*, Durham, Duke University Press.

- Halbwachs, Maurice (1968, 1950) *La mémoire collective*, Paris, P. U. F.
- Hall, Stuart (1990) “Cultural identity and diaspora”, en Rutherford, Jonathan, *Identity: Community, culture, difference*, London, Lawrence and Wishart.
- Hall, Stuart (1996) “Introduction: Who needs ‘identity’?”, en Hall, Stuart y du Gay, Paul, *Questions of cultural identity*, London, Sage.
- Hannerz, Ulf (1992) *Cultural complexity. Studies in the social organization of meaning*, New York, Columbia University Press.
- Hannerz, Ulf (1998) *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Valencia, Cátedra.
- Hannerz, Ulf, (1986) *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hiernaux, Daniel (1995) *Nueva periferia vieja metrópoli*, UAM-X, México.
- Hiernaux, Daniel (2000) *Metrópolis y etnicidad. Los indígenas en el Valle de Chalco*, Colegio Mexiquense/FONCA, México.
- Hiernaux, Daniel, Lindón, Alicia, Noyola, Jaime (2000) *La construcción social de un territorio emergente. El Valle de Chalco*, Colegio Mexiquense/Ayuntamiento Valle de Chalco, México.
- Joseph, Isaac (1988) *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*, Buenos Aires, Gedisa.
- Lezama, José Luis (1993) *Teoría social, espacio y ciudad*, México, El Colegio de México.
- Lindón, Alicia (1999) “Narrativas autobiográficas, memoria y mitos: una aproximación a la acción social”, en *Economía, sociedad y Territorio*, Vol. II., No. 6., México, Colegio Mexiquense.
- Lindón, Alicia (1999) *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco.*, Colegio de México/Colegio Mexiquense, México.
- Lindón, Alicia (2001) “La modernidad y la subjetividad social : una aproximación a la vida metropolitana”, en Aguilar, M.A. y Bassols, M. *La dimensión múltiple de las ciudades*, México, UAM-I.
- Lomnitz, Larissa (1978) *Cómo sobreviven los marginados*, México, S.XXI.
- Lomnitz-Adler, Claudio (1995) *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Joaquín Mortiz.

- López Austin, Alfredo (1998) *Los mitos del Tlacuache*, UNAM, México.
- Low, Setha M. (1996) “The anthropology of cities: imagining and theorizing the city”, en *Annual Review of Anthropology*, 1996, Vol. 25, p.p. 383-409.
- Lynch, K. (1984) *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili, México.
- Ochs, Elinor (2000) “Narrativa”, en van Dijk, Teun, *El discurso como estructura y proceso*, Barcelona, Gedisa.
- Park, Robert E., Burgess, Ernest (1972, 1921) *Introduction to the science of sociology*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Park, Robert, Burgess, Ernest, McKenzie, Roderick, (1984, 1925) *The city*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Portal, Mariana (2001) “Territorio, historia, identidad y vivencia urbana en un barrio, un pueblo y una unidad habitacional de Tlalpan, Distrito federal” en Portal, Mariana (Coord.) *Vivir la diversidad. Identidades y cultura en dos contextos urbanos de México*, México, CONACYT.
- Proshansky, Harold, Fabian, A., Kaminoff, R. (1983) “Place identity: Physical world socialization of the self”, *Journal of Environmental Psychology*, 3(1), 57-83.
- Rabotnikoff, Nora (1998) “Privado/público” en *Debate Feminista*, Año 9, Vol. 18.
- Redfield, Robert (1973) *The little community and Peasant society and culture*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Rémy, Jean, (1995) “La grande ville et la petite ville: tension entre forme de sociabilité et forme esthétique chez Simmel”, en Remy, Jean (Coord.) *George Simmel: Ville et Modernité*, Paris, L'Harmattan.
- Ricoeur, Paul (1995) *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, S.XXI.
- Rodríguez, Mariangela (1991) *Hacia la estrella con la pasión y la ciudad auestas. Semana santa en Iztapalapa*, México, Ciesas.
- Rosaldo, Renato (1991) *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, CONACULTA-Grijalbo.
- Rosaldo, Renato (1991) *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, CONACULTA-Grijalbo, México.

- Safa, Patricia (1998) *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México, un estudio sobre la construcción de identidades vecinales en Coyoacán, D.F.*, México, Ciesas/UAM-I/Porrúa.
- Sanjek, Roger (1990) "Urban anthropology in 1980s: a world view", en *Annual Review of Anthropology*, 1990, Vol. 19. p.p. 151-186.
- Sennet, Richard (1996) *Flesh and Stone. The body and the city in the western civilization*, New York, Norton.
- Signorelli, Aamalia (1999) *Antropología urbana*, Barcelona, Anthropos/UAM-I
- Simmel, Georg (1971, 1910) "Sociability", en *On individuality and social forms*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Simmel, Georg (1979, 1903), "Les grandes villes et la vie de l'esprit", en Choay, Françoise, *L'urbanisme, utopies et réalités. Une anthologie*. Paris, Editions du Seuil.
- Simmel, Georg (1995) "Rome une analyse esthétique", en Jean Remy (Coord.) *George Simmel: Ville et Modernité*, Paris, L'Harmattan.
- Tönnies, Ferdinand (1963) *Community and society. Gemeinschaft und Gesellschaft*, New York, Harper and Row.
- Villaviciencio, Judith (2000). *Condiciones de vida y vivienda de interés social en la ciudad de México*, UAM-A/Porrúa, México.
- Weber, Max (1992) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max, (1987) *La ciudad*, Madrid, Ediciones de La Piqueta.
- Wirth, Louis, (1964, 1938) "Urbanism as a way of life", en *On cities and social life*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Zavalloni, Marissa (1980) "La identidad social: un concepto a la búsqueda de una ciencia", en Moscovici, S. (Coord) *Introducción a la Psicología Social*, Barcelona, Paidós